

BARRILES DE PAPEL NO 236©
LA OBSESIÓN ANTIAMERICANA, por Jean-Francois Revel

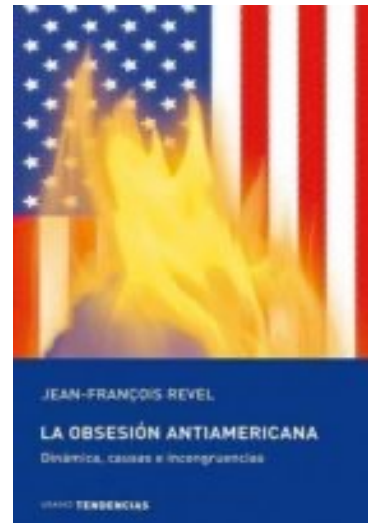
Académico, Ing. Diego J. González Cruz

Siguiendo con nuestra tarea de informar sobre la literatura en materias de Sociedad, Política, Economía y Gerencia, esta vez voy a conversar sobre el libro clásico de Jean-Francois Revel: *LA OBSESIÓN ANTIAMERICANA*, donde explica de manera sobresaliente como en los países de Europa y otros países, se le tiene envidia a los Estados Unidos de América.

El autor recomienda la lectura de su otro libro: *Ni Marx ni Jesús*.

Jean-Francois Revel explica en detalle que los Estados Unidos es primera potencia mundial, porque para merecer el título de superpotencia mundial, un país debe ocupar el primer rango en cuatro esferas: económica, tecnológica, militar y cultural. Y los Estados Unidos los cumple.

Ediciones Urano, S.A., 2003, Barcelona, España



(1924-2006)

Jean-François Revel nació en 1924 en Marsella, donde se doctoró en filosofía. Publicó el primero de sus veintiocho libros de ensayo en 1957, entre los que destacan Pourquoi des philosophes, La tentation totalitaire, Comment les démocraties finissent, Le terrorisme contre la démocratie y, traducidos a nuestra lengua, El conocimiento inútil, Las ideas de nuestro tiempo y El renacimiento democrático, todos ellos rodeados de polémicas y controversias. Fue redactor jefe de las páginas literarias de France-Observateur; consejero literario de editoriales; fundador y director en los años sesenta de una ya mítica colección, Libertés; sucesivamente editorialista literario y político, director, miembro del consejo de administración y del comité editorial de la revista L'Express; y por fin cronista en la revista Point y en Europe 1 (Fuente: <https://www.casadellibro.com/libros-ebooks/jean-francois-revel/26812>).

Señalo con tres puntos (...) textos que continúan, pero que he omitido para reducir el tamaño del trabajo. Al final señalo donde se puede leer el libro completo.

Contenido:

1. Exposición de Motivos
 2. Sobre algunas Contradicciones del Antiamericanismo
 3. Antimundialismo y Antiamericanismo
 4. ¿Por qué tanto odio?... ¡Y tantos errores!
 5. La peor Sociedad que haya existido jamás
 6. La extinción Cultural
 7. «Simplismo» de los dirigentes Europeos en Política internacional
 8. América como escapatoria
- Conclusión. El Antiamericanismo, principal promotor de la Superpotencia

1. Exposición de motivos

Revel relata el origen del libro. Trabajo de 247 páginas, dividido en ocho Capítulos, que vale la pena divulgar, porque aclara muchas cosas sobre el Liberalismo, la Propiedad Privada y el Estado de Derecho, que deberían existir en todos los Países.

Utilice algunas buenas referencias de Google para redactar este texto

A medida que avanzaba su trabajo o, mejor dicho, avanzaba apenas, la empresa le parecía de una dificultad y una complejidad cada vez más abrumadoras. En 1970 a escribió *Ni Marx ni Jesús*. En 1969, el conocido semanario americano *Time* concibió el proyecto de producir una edición en Francés. La dificultad consistía en encontrar en la lengua Francesa el equivalente del Inglés conciso, condensado, comprimido -casi podríamos decir-: esa sucesión de frases cortas, sin digresiones ni ripios, que caracteriza el estilo de *Time* y que desde la fundación de ese Semanario en el decenio de 1920 ha servido de modelo a los periodistas de numerosas publicaciones periódicas. Esa forma de escribir, que debe unir la brevedad a la claridad, es más fácil de practicar en Inglés que en francés o en las otras lenguas latinas. El Inglés yuxtapone, el francés subordina.

El Inglés puede prescindir con frecuencia de las preposiciones entre las palabras e incluso de las conjunciones de coordinación entre las oraciones, mientras que el Francés, heredero de la sintaxis Latina, no puede hacerlo. Para contar una *story*, el periodista Americano enuncia, el periodista Latino diserta. En aquel momento tardío le embargó una duda y lo atormentó de pronto un escrúpulo: era más que evidente que un *Time* en Francés estaría destinado a ser el competidor de *L'Express*, con el que me unía un Contrato y amistades profundas.

De 1953 a 1969, durante los años que siguieron a su regreso, mientras vivía en Italia y después en Francia, ya había visto América y se había formado una opinión sobre ella a partir de Europa y de la prensa Europea exclusivamente. Por tanto, había de ser por fuerza una opinión mala. Entonces América, para los Europeos, era el Maccarthysmo, la ejecución del matrimonio Rosenberg, necesariamente inocentes, el Racismo, la Guerra de Corea, que había acabado precisamente en 1953, el dominio de la propia Europa: la «Ocupación Americana en Francia», como decían Simone de Beauvoir o el Partido Comunista. Durante el decenio siguiente, la Guerra de Vietnam proporcionó la razón principal para odiar a los Estados Unidos. Se dice de buena gana que «el grito Universal de Antiamericanismo», *the universal shout of antiamericanism*, como dice Alexander Pope, se debe a que, a consecuencia de esas conmociones, los Estados Unidos han pasado a ser la única

Superpotencia Mundial o incluso «Hiperpotencia», según el término puesto de moda por un Ministro Francés de Asuntos Exteriores, Hubert Védrine.

Ahora bien, no es así: el Antiamericanismo era casi tan virulento en la época del peligro totalitario como ha seguido siendo después de que éste desapareciera, al menos en su versión Soviética. En los Países Democráticos, o algunos de ellos, una fracción de la Población, Partidos Políticos y la mayoría de los Intelectuales eran Partidarios del Comunismo o al menos daban alguna forma de apoyo a las Ideas próximas al Comunismo. Así, pues, el Antiamericanismo por su parte era racional, ya que se identificaba a América con el Capitalismo y el Capitalismo con el mal.

Menos racional era -cierto es- que, para preservar su creencia, aquellos Comunistas y el inmenso rebaño de los compañeros de viaje se tragaran las mentiras más flagrantes y más estúpidas sobre la Sociedad o la Diplomacia Americanas y rehuyeran cuidadosamente toda información exacta sobre la realidad de los Sistemas Comunistas.

No obstante, el Antiamericanismo de Derecha e incluso de Extrema Derecha, tan ciegamente pasional, aunque diferente por sus motivos del Antiamericanismo de Izquierda, es una característica sobre todo Francesa. El Antiamericanismo de Derecha en Europa se debe a que este Continente perdió en el siglo XX el papel que le correspondía desde el siglo XV como principal centro de iniciativa -y conquista- del Planeta, y dejó de ser el foco Artístico y Científico más importante y casi el amo de la organización Político-Estratégica y de la actividad Económica del Mundo.

En Francia es donde la pérdida de la condición -real o imaginaria- de gran Potencia causa la amargura más intensa. En cuanto al Antiamericanismo de Extrema Derecha, su motor, como el de Extrema Izquierda, es simplemente el odio a la Democracia y a la Economía Liberal, que es su condición. Pero, durante la gira de varias semanas que hizo por América al comienzo del invierno de 1969 y que lo llevó de la Costa Oriental a la Occidental, con una estancia en Chicago entremedio, se sintió fulminado por la evidencia de la falsedad de todo lo que se contaba sobre ese País en Europa. Mientras que le describían una Sociedad Conformista, se encontró con una Sociedad agitada por la efervescencia de la «impugnación» y la puesta en entredicho de todos sus hábitos Sociales y de las bases de su Cultura.

Los Franceses se imaginaban y siguen imaginándose que fueron los inventores, en mayo de 1968, de esa impugnación que inflamaba las Universidades y a las minorías Americanas desde hacía ya varios años. No sólo los impugnadores Americanos habían tomado impulso mucho antes que los Franceses, sino que, además, los impugnados, es decir, los dirigentes y los representantes elegidos Democráticamente, se comportaban de forma mucho más Democrática que los Franceses. En 1969 también le llamó la atención en los Estados Unidos la amplitud del abismo que separaba las informaciones televisadas, controladas por el Estado, afectadas, charlatanas y monótonas, entregadas a la versión oficial de la actualidad, y las chispeantes, agresivas, *Evening News* de NBC o CBS, cuya vivacidad desbordaba de informaciones e imágenes inesperadas, sin miramientos para con las taras Sociales o Políticas de América ni para con su acción en el exterior.

¡Y aquella era la sociedad que los europeos, desde lo alto de su ignara altivez, describían como una sociedad sometida a censura! Otra experiencia que lo asombró —siente la tentación de decir que le sosegó— fue la de las conversaciones que mantuvo con toda una serie muy diversa de Americanos, Personalidades políticas, Periodistas, hombres de Negocios, Profesores Universitarios, Republicanos, Demócratas, Liberales o Radicales, simples transeúntes o vecinos de asiento en avión, numerosos estudiantes, pintores, cantantes, actores, funcionarios y obreros (*blue collars*). Lo que oía en América le resultaba mucho más variado y, la mayoría de las veces, imprevisto. Dicho claramente, significaba que muchos más Americanos que Europeos tenían lo que se llama trivialmente una opinión

personal -inteligente o idiota, eso es otra cuestión-, en lugar de limitarse a repetir la opinión prevaleciente en el círculo en el que se movían. En una palabra, la América que él descubría contrastaba totalmente con la representación habitual que de ella se proponía y se aceptaba en Europa. De ese choque entre la impresión que llevaba consigo desde Francia y la realidad que se desplegabá ante sus ojos brotó *Ni Marx ni Jesús*.

El misterio del Antiamericanismo no es la desinformación -la información sobre los Estados Unidos es muy fácil de conseguir-, sino la voluntad de ser desinformado. En un segundo momento, se transforma a los Estados Unidos en únicos instigadores de todo el asunto. Ahora bien, si éste sale bien, como en el caso de la Guerra Fría, no se les demuestra agradecimiento alguno. En cambio, sí sale mal, como en el caso de la Guerra de Vietnam, se centra en ellos todo el oprobio. Hasta mayo de 2001, aproximadamente, y desde hacía varios años, la queja principal formulada contra América era la del «Unilateralismo», propio de una «Hiperpotencia» que se entrometía en todo y se consideraba el «Gendarme del Mundo». La pasión puede cegar a un gran hombre hasta el punto de hacerlo proferir barbaridades. Pero un tercio de siglo después, se han visto cosas peores. Después de la destrucción terrorista de la parte baja de Manhattan, en Nueva York, y de una parte del Pentágono, en Washington, el martes 11 de septiembre de 2001, pocos fueron los Franceses que se negaron a participar en los tres minutos de silencio observados en todo el País como homenaje a la memoria de los millares de muertos.

En este caso reconocemos el rudimentario razonamiento Marxista, repetido por los adversarios de la Mundialización, según el cual los Ricos se vuelven cada vez más Ricos y los Pobres cada vez más Pobres y la Riqueza de unos es la causa de la Pobreza de los otros. Ante la prueba de la Historia, esa teoría ha resultado tan falsa respecto de las relaciones entre las Clases Sociales dentro de las Sociedades Desarrolladas como de las relaciones entre las Sociedades Desarrolladas y las llamadas en Vías de Desarrollo. Así, pues, unos Fanáticos suicidas, adoctrinados, entrenados y financiados por una Potente y Rica Organización Terrorista Multinacional, asesinaban al menos a tres mil personas en un cuarto de hora en América, ¡y esa misma América resultaba ser la agresora! ¿Por qué? Porque se proponía defenderse y erradicar el Terrorismo. Así, pues, ahora como antes y antes como en el pasado, un libro sobre los Estados Unidos está condenado, en cierto modo, a ser un libro dedicado a la desinformación sobre los Estados Unidos, tarea temible e interminable. Esta palabra puede prestarse a discusión. La mayoría de las veces se entiende por Revolución, en sentido estricto y técnico, la substitución de un Régimen Político por otro, generalmente mediante un Golpe de Estado violento secundado por insurrecciones y seguido de proscripciones, depuraciones, detenciones y, en su caso, ejecuciones.

Ni Marx ni Jesús fue un éxito de librería. Se tradujo a unos veinte idiomas. A juzgar por el éxito internacional del libro, es como para creer que a veces ciertos ataques están redactados de tal manera, que, lejos de ahuyentar al lector, tienen, al contrario, la virtud de picar su curiosidad. La Izquierda lo veía perfectamente: en aquel libro se trataba menos de América y del Americanismo que de la lucha del siglo entre Socialismo y Liberalismo. Temía que la Victoria empezara a inclinarse a favor de este último. La función principal del Antiamericanismo era -y lo es aún hoy- la de difamar al Liberalismo en su encarnación suprema. Disfrazar a los Estados Unidos de Sociedad Represiva, Injusta, Racista, casi Fascista, era una forma de clamar: ¡ya veis cuál es el resultado de la aplicación del Liberalismo! La consigna *Blame America First* («Lo primero culpar a América») a propósito de cualquier problema fue durante mucho tiempo y sigue siendo en gran medida la máxima de los amos de la Cultura de ese país.

Gertrude Himmelfarb, en su libro de 1999, *One Nation, Two Cultures* [Una Nación, dos Culturas], muestra perfectamente que la Sociedad Americana contemporánea constituye «una sola Nación», pero «está compuesta de dos Culturas». Según la autora, la Contracultura Revolucionaria de los decenios de 1960 y 1970 (en la que no ve sólo

cualidades,) ha llegado a ser actualmente la Cultura dominante. En efecto, la tesis central de *Ni Marx ni Jesús* es la siguiente: la gran Revolución del siglo XXI no habrá sido, a fin de cuentas, la Socialista, cuyo fracaso por doquier resultaba ya patente en 1970, sino la Liberal. Una serie de Capítulos del libro levanta acta de ese fracaso del Socialismo, tanto en los Países del «Socialismo Real» (¡demasiado real, por desgracia!) como en aquellos Países del Tercer Mundo (¡demasiado numerosos, por desgracia!) que habían creído encontrar en recetas Dirigistas y Socialistas la clave del Desarrollo, y, por último, su fracaso en las Democracias Industriales, en las que la ESTATALIZACIÓN de la Economía no iba a cesar de retroceder, bajo la presión de las realidades, hasta el final del siglo. Esa Mundialización Liberal, que triunfaría de forma clamorosa a partir de 1990, después de la desintegración de los Comunismos, es lo que Francis Fukuyama denominaría, en el momento de aquel hundimiento, «el Fin de la Historia», expresión que quienes se la reprochaban no habían entendido bien, pues mucha gente considera, por desgracia, que ha leído un libro cuando ha leído su título.

En efecto, en todas las épocas, al menos en todas las épocas de Progreso, existe lo que se puede llamar una Sociedad-Laboratorio, en la que se inventan y prueban Soluciones de Civilización -no necesariamente buenas todas, pero que prevalecen irresistiblemente- que posteriormente otras Naciones transpondrán de grado o por fuerza en sus ámbitos. Atenas, Roma, la Italia del Renacimiento, Inglaterra y Francia en el siglo XVIII fueron sucesivamente una de esas Sociedades-Laboratorio, no por obra de determinado «Proceso», sino por la acción de los Hombres. En el siglo XX, le tocó el turno a los Estados Unidos de llegar a serlo. ¿Han asumido los Estados Unidos voluntaria o involuntariamente esa función de laboratorio? ¿Se debe a su «Imperialismo», a su «Unilateralismo», o al vigor de su capacidad de innovación? ¿No es el modelo Americano criatura al menos tanto como creador de una necesidad Mundial? A esa pregunta es a la que intenta Revel responder en el presente libro.

2.- Sobre algunas contradicciones del Antiamericanismo

Es una paradoja: desde el fin de la Guerra Fría los Estados Unidos son más detestados y desaprobados, a veces incluso por sus propios Aliados, que durante ella por los partidarios declarados o no del Comunismo. Observemos la diligencia y la constancia con que las autoridades Democráticas o Religiosas se han puesto de parte de Fidel Castro, por la única razón de que es objeto del Embargo Americano, por lo demás falazmente bautizado «bloqueo» para las necesidades de la causa. Ahora bien, el apoyo dado -por odio a los Estados Unidos- a un Dictador sanguinario (a Sadam) procedía tanto de la Extrema Derecha como de la Extrema Izquierda (Frente Nacional y Partido Comunista en Francia) o de los Socialistas de Izquierda (el Semanario *The New Statesman* en Gran Bretaña o Jean-Pierre Chevènement, entonces Ministro del Interior, en Francia) y de Rusia como de una parte de la Unión Europea. Así, pues, se trata de un común denominador Antiamericano pasional más que de un razonamiento Estratégico compartido. Muchos Países, entre ellos Francia, no negaban la amenaza representada por el Armamento Iraquí, pero declaraban preferir la «Solución Diplomática» a la Intervención Militar.

En el pasado ha habido Imperios y Potencias de Escala Internacional, antes de los Estados Unidos de este final del siglo XX. Pero nunca había habido ninguno que alcanzara una preponderancia Planetaria. Eso es lo que subraya Zbigniew Brzezinski, antiguo Consejero de Seguridad del Presidente Jimmy Carter, en su libro *El Gran Tablero Mundial*. Para merecer el título de superpotencia mundial, un país debe ocupar el primer rango en cuatro esferas: económica, tecnológica, militar y cultural. Los Estados Unidos son actualmente el único país -y el primero en la Historia- que cumple esas cuatro condiciones a la vez a Escala Planetaria y ya no sólo Continental.

En Economía, desde la Recuperación de 1983 hasta el comienzo de la Recesión en 2001, destaca, al aunar Crecimiento, Pleno Empleo, Equilibrio Presupuestario (por primera vez desde hace treinta años) y ausencia de Inflación. En Tecnología, en particular desde el desarrollo fulgurante que imprimió a los instrumentos de Comunicación de vanguardia, goza casi de un Monopolio. Desde el punto de vista Militar, es la única Potencia capaz de intervenir en todo momento en cualquier punto del Globo. En cuanto a la Superioridad Cultural, es más discutible. Se trata de saber si entendemos «Cultura» en sentido estricto o amplio. En el primer sentido, es decir, el de las altas manifestaciones creadoras, en las esferas de la Literatura, la Pintura, la Música o la Arquitectura la Civilización Americana es brillante, desde luego, pero no es la única ni siempre la mejor.

En ese nivel prestigioso, no se puede comparar su irradiación con lo que fueron las de la Grecia antigua, Roma o China. Se podría decir incluso que la Cultura Artística y Literaria Americana tiene tendencia a provincializarse, en la medida en que, dado el predominio del Inglés, cada vez menos Americanos, incluso cultos, leen las Lenguas Extranjeras... En cambio, Brzezinski tiene razón en lo relativo a la Cultura en sentido amplio, la Cultura de masas. La Prensa y los Medios de Comunicación Americanos llegan al Mundo entero. Las formas de Vida Americanas -Vestimenta, Música Popular, Alimentación, Distracciones-seducen en todas partes a la Juventud. El Cine y los Seriales Americanos de Televisión atraen en todos los Continentes a millones de espectadores, hasta el punto de que algunos Países, entre ellos Francia, intentan establecer un proteccionismo en nombre de la «Excepción Cultural».

El Inglés se impone *de facto* como la Lengua de Internet y resulta ser, desde hace mucho, la principal Lengua de Comunicación Científica. Buena parte de las Minorías Políticas, Tecnológicas y Científicas de las Naciones más diversas son Diplomadas de las Universidades Americanas... Asimismo, la Democracia Federalista a la Americana suele ser imitada en otros Países, empezando por la Unión Europea. Sirve de Principio Organizador de muchos Sistemas de Alianzas, entre ellos la OTAN, así como las Naciones Unidas. No se trata de negar aquí los defectos del Sistema Americano, sus Hipocresías y sus Desviaciones, pero el caso es que ni Asia ni África ni América Latina tienen muchas lecciones de Democracia que darle. En cuanto a Europa, ella fue la que inventó las Ideologías Criminales del siglo. Ésa es la razón precisamente por la que los Estados Unidos tuvieron que intervenir en dos ocasiones en nuestro Continente, con ocasión de las dos Guerras Mundiales. Y ese fracaso Europeo es la causa de su situación actual de única Superpotencia. Pues la preponderancia de América se ha debido seguramente a sus cualidades propias, pero también a faltas cometidas por los demás, en particular por Europa.

La propia Unión Europea apenas avanza hacia la consecución de un centro único de decisión Diplomática y Militar. Es un coro en el que cada uno de sus Miembros se considera solista. ¿Cómo va a poder, sin Unidad, hacer contrapeso a la eficacia de la Política Exterior Americana. Por una parte, la Superpotencia Americana es resultado exclusivo de la voluntad y la creatividad de los Americanos y, por otra, se debe a los fallos acumulados por el resto del Mundo: el fracaso del Comunismo, el Naufragio de África, las Divisiones Europeas, los retrasos Democráticos de América Latina y de Asia...

Son los Europeos, que yo sepa, quienes hicieron del siglo XX el más negro de la Historia. en las Esferas Política y Moral, se entiende. Ellos fueron los que provocaron los dos cataclismos de una amplitud sin precedentes que fueron las dos Guerras Mundiales; ellos fueron los que inventaron y realizaron los dos Regímenes más criminales jamás infligidos a la Especie Humana. Si a la degradación Europea, engendrada por las dos Guerras Mundiales y los dos Totalitarismos, sumamos los quebraderos de cabeza resultantes en el Tercer Mundo de las secuelas de la Colonización, en Europa es donde hay que buscar una vez más a los responsables, al menos parciales, de los callejones sin salida y las convulsiones del subdesarrollo. Fue Europa, fueron Inglaterra, Bélgica, España, Francia, Holanda, más tardíamente y en menor grado Alemania e Italia, las que conquistaron o

quisieron apropiarse de los demás Continentes. En vano se objetará la exterminación de los Indios y la Esclavitud de los Negros a los Estados Unidos. Pues, al fin y al cabo, ¿quiénes eran los ocupantes de los futuros Estados Unidos sino Colonizadores Blancos procedentes de Europa? ¿Y a quiénes compraban sus Esclavos aquellos Colonos Europeos sino a Negreros Europeos?

Ante ese problema suplementario e inédito, la «Hiperpotencia» Americana actual no es sino la consecuencia directa de la impotencia Europea Antigua y Contemporánea. Colma un vacío debido a las insuficiencias no de nuestras Fuerzas, sino de nuestro Pensamiento y nuestra Voluntad de Acción. Pensemos en la perplejidad de un Ciudadano de Montana o de Tennessee, al enterarse de la intervención Americana en la antigua Yugoslavia. Puede preguntarse con toda razón qué interés tienen los Estados Unidos en meterse en el sangrante atolladero de los Balcanes, obra maestra multiseccular del innegable ingenio Europeo, pero Europa, que confeccionó con sus propias manos ese caos asesino, no es capaz de poner orden en él. Cierto es que, como todas las Sociedades, incluso las Democráticas, la Americana tiene muchos defectos y merece numerosas críticas. Pero, para expresar otra cosa que las fobias de sus detractores, sería necesario que esas críticas estuvieran justificadas y que esos defectos fuesen los verdaderos. Ahora bien, las risas burlonas y compasivas de que son objeto ritual los Estados Unidos en los medios Europeos de Comunicación emanan la mayoría de las veces de una falta de información tan profunda, que acaba pareciendo intencional.

El rechazo intencionado de la Información, que es el caso más frecuente, afecta en primer lugar a las cuestiones Sociales en los Estados Unidos, la supuesta ausencia de protección y solidaridad, el famoso «umbral de pobreza» (expresión empleada a tontas y a locas por personas que no conocen, visiblemente, su sentido técnico, como si ese indicador tuviera el mismo valor cifrado en el Canadá que en Zimbabue)... En este breve bosquejo me he limitado a señalar el carácter intrínsecamente contradictorio de sus diatribas, pues, a fin de cuentas, si, según el panorama que presentan, esa Civilización no fuera otra cosa que un montón de calamidades Económicas, Políticas, Sociales y Culturales, ¿cómo es que el resto del Mundo se inquieta hasta ese punto de su Riqueza, de su Primacía Científica y Tecnológica, de la omnipresencia de sus modelos de Cultura?

Hace muchos años, estaba yo contemplando una función cómica en el Teatro de Variedades El Salón México (inmortalizado por la composición para orquesta de Aaron Copland que lleva ese título): era una discusión entre un peón (hombre del Pueblo) Mexicano y un Turista Americano. El Turista elogiaba las proezas de su País con este ejemplo: «En mi País, los Estados Unidos, conocemos el nombre del nuevo Presidente tres minutos después del escrutinio». A lo que el peón replicaba: «Mire, amigo, en mi País lo sabemos seis meses antes». En efecto, en aquella época, y durante mucho tiempo más, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) acaparaba en México todos los Poderes y amañaba todas las Elecciones. Cada Presidente designaba en la práctica a su Sucesor. Además, los comentarios irónicos sobre los Jueces Americanos revelan una incompreensión del lugar que ocupa el Poder Judicial en los Estados Unidos y de su acción sobre el Poder Político. Ya en 1835, Tocqueville escribía (La Democracia en América, Primera Parte, Capítulo VI): «Lo que más cuesta entender de los Estados Unidos a un Extranjero es la Organización Judicial. No hay, por decirlo así, acontecimiento Político sobre el que se descarte la posibilidad de recurrir a la Autoridad del Poder Judicial». Así, pues, es erróneo hablar de un «Gobierno de los Jueces». Los Jueces no pueden substituir ni al Poder Ejecutivo ni al Poder Legislativo. Lo que es cierto es que el Derecho prevalece sobre el Estado en las Instituciones y en las mentalidades Americanas. Sólo mediante la interpretación del Derecho tiene el Poder Judicial una influencia Política y sólo si alguien se la solicita.

Además de satisfacer la pasión Antiamericana, la función en última instancia de las descripciones falsificadas de las Relaciones Sociales y del nivel de Vida de los Estados

Unidos es la de denigrar la Economía Liberal. Asimismo, el desconocimiento o la caricatura de las Instituciones Americanas difunden la idea de que los Estados Unidos no son una verdadera Democracia y, mediante una extrapolación, que las Democracias Liberales sólo son Democráticas en apariencia. Vuelvo a precisar: la Política Exterior Americana merece sin lugar a dudas, en muchos sentidos, que se la critique. La Prensa Americana, en primerísimo lugar, no se abstiene de hacerlo. De ahí a pensar que existe una psicopatología Antiamericana, que consiste en transformar a los Estados Unidos en Chivo Expiatorio acusado de todos los pecados que comete todo el Mundo hay un pequeño paso que sentimos la tentación de dar.

En efecto, sean cuales fueren los reproches que merezca o no la política americana de medio ambiente, no se puede dejar de ver que el centro del debate en modo alguno radica en eso. El objetivo de los ecologistas occidentales es el de hacer de los Estados Unidos, es decir, del capitalismo, el culpable supremo o incluso el único culpable de la contaminación del planeta y del supuesto calentamiento de la atmósfera. Pues nuestros ecologistas en modo alguno son ecologistas: son izquierdistas. Sólo les interesa el medio ambiente en la medida en que, al fingir defenderlo, lo utilizan para atacar a la sociedad liberal. Durante los decenios de 1970 y 1980, nunca denunciaron la contaminación en los países comunistas, mil veces más atroz que en el Oeste. No era una contaminación capitalista. Guardaron silencio cuando sucedió la catástrofe de Chernóbil, como ahora respecto de las deterioradas centrales nucleares que aún constelan los antiguos territorios comunistas. Guardan silencio a propósito de centenares de submarinos ex soviéticos atestados de armas atómicas que los rusos hundieron en el mar de Barents. Exigir que se libre a la Humanidad de ese peligro mortal que va a planear sobre ella durante milenios carecería, desde su punto de vista socialista, de utilidad. Pues esa fastidiosa empresa en nada fortalecería su cruzada contra el azote, a su juicio mucho más temible, que es la mundialización liberal...

Ese ecologismo ideológico ve amenazada la naturaleza sólo en las naciones en que reina más o menos la libertad económica y ante todo en la más próspera de ellas, naturalmente. De modo que los Estados Unidos nunca tienen razón y, al mismo tiempo, su intervención financiera o militar es universalmente deseada. Por ejemplo, los dirigentes africanos, en la reunión de la Organización de la Unidad Africana, celebrada en junio de 2001, en Lusaka (Zambia), reclamaban «un plan Marshall para África». «Plan Marshall» evoca, evidentemente, un precedente histórico de origen americano, una iniciativa que sacó a Europa de las ruinas provocadas por la segunda guerra mundial. Ahora bien, casi todos los jefes pedigüeños que «gobiernan» (¡si podemos decirlo así!) África profesan un antiamericanismo habitualmente frenético. Acusan a los Estados Unidos de ser los culpables de la pobreza del continente o de la epidemia del sida. Así, pues, el antiamericanismo funciona como un agente de irresponsabilización. Pues las ayudas internacionales recibidas por África desde las independencias equivalen a cuatro o cinco planes Marshall, cuya cuantía ha sido derrochada, dilapidada o desviada, cuando no se la han tragado guerras incesantes o la han aniquilado reformas agrarias estúpidas, copiadas del asfixiante sistema colectivista soviético o chino.

Pero resulta cómodo atribuir a América la responsabilidad de los errores cometidos por uno mismo, al tiempo que se pide socorro. La propia Europa no está exenta de esa fisión intelectual. En el momento en que se beneficiaba por su cuenta del plan Marshall, los partidos de izquierda se mostraban hostiles a él, por considerarlo un medio mediante el cual América sometía a su férula a la Europa occidental. Era una maniobra neocolonialista e imperialista. Su actitud era una simple aplicación del dogma marxista, pero los partidos socialistas o de centro derecha demócrata cristiano que entonces ejercían el poder en la mayoría de los países europeos aliados de los Estados Unidos, se guardaban, a su vez, de expresar el menor sentimiento de gratitud, por considerar que América, con la generosidad que demostraba, beneficiaba a sus propios intereses. Además, también conforme a la habitual estructura contradictoria del razonamiento antiamericano, acusábamos y seguimos

acusando a los Estados Unidos de oponerse a una Europa fuerte. O sea, ¡que la fortalecen porque quieren debilitarla! Está claro que el pensamiento europeo respecto de los Estados Unidos es un modelo de coherencia.

El mundo entero tiene por fuerza que observar que América es, al menos de momento, la única potencia capaz a la vez de salvar a México de la quiebra económica y financiera (en 1995); de disuadir a la China comunista de atacar militarmente a Taiwán, de intentar hacer una mediación entre la India y Pakistán a propósito de Cachemira, de presionar eficazmente al Gobierno serbio para que acceda a enviar a Slobodan Milosevic a La Haya a comparecer ante el Tribunal Penal Internacional o que esté en condiciones de laborar con cierta posibilidad de éxito en pro de la reunificación de las dos Coreas dentro de un mismo régimen democrático...

La misma confusión mental reina a propósito de las realidades económicas. Por una parte, los extranjeros reprochan a los americanos querer «imponer a los demás su modelo económico y social». Por otra parte, en cuanto se produce una aminoración del crecimiento económico en los Estados Unidos, los otros países sufren a plazo más o menos corto sus consecuencias. Entonces todos acechan la «recuperación» americana con la esperanza de que la suya se le pegue. De modo que sentimos perplejidad: ¿cómo es que una economía tan mala, cuyas recetas no quiere, supuestamente, copiar nadie, tiene la capacidad de servir de locomotora o de freno a las economías de tantos otros países?...

3. Antimundialismo y antiamericanismo

Tras la lucha contra la mundialización, es decir, contra la libre circulación de las personas y las mercancías, a la que resulta muy difícil mostrarse hostil en principio, se oculta una lucha más fundamental y antigua contra el liberalismo y, por tanto, contra los Estados Unidos, su principal representante y su más potente vehículo planetario. La mundialización, concepto impreciso donde los haya, les sirve de nuevo blanco mediante el cual apuntan a sus eternos enemigos. ¿Simplifico? ¿Exagero? En absoluto. Durante una manifestación antimundialista, en Londres, el 30 de noviembre de 1999, en apoyo de la de Seattle, que se desarrollaba en el mismo momento contra la Organización Mundial del Comercio, se podía leer en una de las pancartas: «La privatización mata; el capitalismo mata». ¿Qué otra cosa afirman *Le Monde Diplomatique* o Pierre Bourdieu? Según ellos y sus fieles, la mundialización engendra en el planeta una pobreza cada vez mayor, en provecho de una minoría de ricos que cada vez son más ricos.

Querer imposibilitar mediante la coacción física la celebración de una reunión (DAVOS) no se puede hacer pacíficamente y equivale a sustituirla impugación por la violencia. Esos procedimientos son los mismos que los adoptados en otro tiempo por los camisas negras o pardas y por los matones comunistas. Los «jóvenes» antimundialistas son, en realidad, unos vejesterios ideológicos, fantasmas resurgidos de un pasado de ruinas y sangre. Hablando de «rejuvenecimiento», en Génova se vio, por lo demás, reaparecer banderas rojas adornadas con la hoz y el martillo (que incluso el partido de los ex comunistas había arrumbado en Italia a partir de 1989), efigies del Che Guevara y la sigla de las Brigadas Rojas. Lo que los manifestantes atacan en la mundialización es el capitalismo democrático, es América, en la medida en que ésta es, desde hace al menos medio siglo, la sociedad capitalista democrática más próspera y creadora. Lo que atacan es el liberalismo o simplemente la libertad, pese a ser ellos mismos los primeros beneficiarios de ella, puesto que se desplazan en todo momento como quieren...

El muestrario de ese revoltijo inutilizable hace que resulte tanto más asombroso que incluso dirigentes europeos considerados liberales y que en principio no figuran entre los nostálgicos del paleosocialismo se proclamen «impresionados» por los amotinados antimundialistas y convencidos de la necesidad de «dialogar» con ellos. Es normal ver a

toda una prensa de izquierda y a una capa política que desde 1989 habían balbuceado con la boca pequeña una revisión desgarradora y afirmaban haber «aprendido las enseñanzas» que se desprendían de las catástrofes y los absurdos socialistas cantar victoria al acoger con entusiasmo la divina sorpresa de esa nueva cruzada contra la mundialización, sinónimo en este caso de capitalismo. En cambio, resulta más difícil entender la razón por la que unos dirigentes de derecha toman -o fingen tomar- en serio el magma político de los antimundialistas. ¿Por qué el Presidente de la República, Jacques Chirac, abogó ante sus pares en Génova por una «concertación normal y permanente» con los manifestantes? ¿Por qué proclamó, en un largo artículo, que había llegado el momento de «humanizar la mundialización»? ¿Es que era inhumana acaso?

Semejante fórmula equivale a abrazar con las dos manos el tópico de los camorristas y secundar la estrategia antiliberal de los izquierdistas reciclados y de la mayoría de las ONG. ¡Está visto que nadie reivindica tanto el mundialismo como los antimundialistas! Además, la fórmula es graciosa, pero históricamente poco ilustrativa. El movimiento que designamos -nosotros, los franceses- como «mayo del 68», con el pretexto de que durante aquel mes estalló en Francia, había comenzado varios años antes en los Estados Unidos, en forma más original y menos marxistizada y después en Alemania. El llamado movimiento de «mayo del 68», al negarse al mismo tiempo a aceptar el juego de la legalidad democrática, ya aceptada formalmente por los partidos comunistas occidentales, degeneró en terrorismo sanguinario durante los veinte años que siguieron. Entonces se constituyeron las Brigadas Rojas en Italia, la Fracción del Ejército Rojo en Alemania, el Ejército Rojo japonés, las Células Comunistas Combatientes belgas (CCC) y -más marginal, pero no menos asesina- Acción Directa en Francia. Los antimundialistas actuales tienen en común -cierto es- con los sesentayochistas una visión marxista simplista: el mal absoluto es el capitalismo, encarnado y dirigido por los Estados Unidos.

Otra convicción es común a los sesentayochistas y a los antimundialistas actuales: la de que los manifestantes de las calles son más legítimos que los gobiernos elegidos. Reconocemos en eso una muestra de entre las más enmohecidas de los oropeles colgados en el desván de los dogmas marxistas: el levantamiento de las «masas» es más democrático que la democracia «formal». Peor aún: eminentes personalidades políticas de izquierda (en Francia, François Hollande, Jean-Luc Mélançon, Noël Mamère, entre otros) reclamaron, después de lo de Génova, la supresión del G8. Conclusión que debemos sacar de esa actitud: unos Gobiernos elegidos por sufragio universal pierden el derecho a concertarse en cuanto la calle se lo haya denegado. Ni que decir tiene que la amplitud de una o varias manifestaciones puede ser reveladora de una importante corriente de opinión, que un Gobierno democrático o un grupo de Gobiernos democráticos harán siempre bien en tener en cuenta, aunque sólo sea en previsión de las próximas elecciones. Pero, si ceden porque esas manifestaciones son violentas hasta el punto de paralizar el funcionamiento de la propia democracia, se descalifican. En ese caso, los demócratas dignos de ese nombre deben recordar enérgicamente que en su sistema político se confiere el poder metiendo papeletas en las urnas y no piedras en los escaparates. Resulta inquietante que la izquierda, incluso la «republicana», no tenga más presente ese principio.

¿Por qué lo olvida? Porque el anti capitalismo justifica, a su juicio, esa excepción, porque la «arrogancia» capitalista es la «arrogancia» americana. Pero, ¿acaso no resulta, aun así, curioso que dondequiera que surjan dificultades económicas -y a fortiori una crisis grave- sea prioritariamente a América a la que los países «en ascenso» soliciten la ayuda o la intervención? Ese economista, bien situado para observar los hechos, decía, en una palabra, que el origen de la pobreza no era la economía de mercado, sino la insuficiencia de economía de mercado. Esa observación no conmueve a los izquierdistas antimundialistas. Se burlan de la necesidad de mejorar la suerte de los subdesarrollados. Lo que les gustaría es destruir las economías desarrolladas, en la medida en que el desarrollo se confunde con el capitalismo. A ese respecto, tienen razón. La razón que se suele invocar para condenar la

mundialización es la de que supuestamente acentúa las desigualdades y agrava la pobreza. La razón real del deseo de proscribirla, o al menos controlarla, cuando escrutamos el pensamiento de sus adversarios, es la de que en su forma actual se identifica con el capitalismo y el mercado, que, a su vez, se identifican en el marco actual con la preponderancia americana.

Así, pues, para juzgar sobre la verdad o la falsedad de esas tesis, con frecuencia aceptadas, por lo demás, sin examen crítico ni siquiera por los partidarios de la economía de mercado, conviene intentar responder a las tres preguntas siguientes: ¿Es un mal en cuanto tal la mundialización mediante el mercado? ¿Es un mal sobre todo porque en su versión contemporánea ofrece un campo de expansión a la superpotencia americana? ¿Se uniformiza la humanidad de hoy al americanizarse? ¿Es cierto que a causa de la mundialización los ricos se vuelven cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, a escala planetaria y dentro de cada uno de los países? Respecto de la primera pregunta, conviene precisar, como acabo de hacerlo, que la izquierda sólo rechaza la mundialización mediante el mercado. De hecho, más el mercado que la mundialización. El objetivo de la izquierda es la mundialización sin el mercado. La mundialización siempre le ha parecido deseable, siempre que fuera ideológica y política. La Francia revolucionaria se atribuyó la misión de extender a toda la Humanidad los principios de 1789. En los siglos XIX y XX, el socialismo se definió por esencia, internacionalista. Fundó la Primera, la Segunda, la Tercera y la Cuarta Internacionales, cuyo nombre indica su ambición planetaria. Pese a fases transitorias y de consolidación en las que se propugnaba el «socialismo en un solo país» por razones técnicas y coyunturales, los comunistas soviéticos y maoístas siempre han sentido el deseo de imponer sus modelos respectivos a toda la Humanidad, en caso necesario mediante la intervención militar o la subversión armada.

No han dejado de recurrir a ellas, cuando podían, en los cinco continentes. Los opositores antimundialistas, sin tener la intención ni los medios, por cierto, de realizar acciones belicosas de esa amplitud, no por ello dejan de ser también mundiales y antiliberales a la vez. El inconveniente de la segunda concepción y la paradoja de los júbilos que suscita hoy su resurgimiento es que su aplicación en el pasado nunca ha dado otros resultados que regresiones económicas, la miseria de amplias capas de la población y el atraso tecnológico, la mayoría de las veces combinados con tiranías políticas. Esta observación es aplicable tanto a los Socialismos Comunistas como al Nacionalsocialismo Hitleriano, que también sentía -no lo olvidemos- el deseo de extenderse por la Tierra entera y, para empezar, por toda Europa. El Mundialismo dirigista siempre ha sido promotor de Catástrofes Humanas o, de cualquier modo, en los casos menos malos, de naufragios Económicos muchos más dolorosos para los Pueblos que las peores injusticias Capitalistas.

La observación de la realidad histórica pasada y presente nos enseña que la única Mundialización cuyo balance, sin estar desprovisto de un pasivo, ha resultado en conjunto positivo es la Mundialización Capitalista y que, por lo demás, no data de hoy.

La Mundialización existió mucho antes del nacimiento de los Estados Unidos. Como recuerda un Economista e Historiador, Régis Bénichi, en una síntesis luminosa al respecto, la Mundialización acompaña toda la Historia del Capitalismo.

Más antiguamente aún, se observa ya esa extensión del Comercio en el Imperio Romano y en la Edad Media, con sus benéficas consecuencias: las ventajas de reciprocidad, de complementariedad, que engendra la disminución de los costos. Pero fue sobre todo después de los grandes descubrimientos, al final del siglo XV, con el desarrollo del Comercio Transatlántico, como se inició la Mundialización en el sentido moderno del término. Bénichi distingue tres oleadas: la expansión del Capitalismo Mercantil después de los grandes descubrimientos, después del período en el que se generalizó la Revolución Industrial en Europa y en América del Norte, es decir, desde 1840, aproximadamente, hasta 1914; por último, la Mundialización actual. Ni que decir tiene que la primera oleada ascendió durante todo el siglo XVI y se extendió aún en el XVII. Gracias al tráfico marítimo, además de los

Actores de primer plano, como Inglaterra y España, países pequeños como Portugal u Holanda llegaron a ser grandes Potencias Económicas, cabezas de redes Planetarias, que se extendieron hasta la India, el Asia Sudoriental, Indonesia, el Pacífico Occidental, Australia, Sudáfrica.

La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales fue un prototipo de los instrumentos nuevos que suscitaban los Intercambios Universales. El siglo XVIII ilustró más adelante en la práctica y explicó mediante el análisis teórico las ventajas de la Libertad de Comercio. Ya en 1941, en plena Guerra, los Estados Unidos habían inscrito la Liberalización del Comercio Mundial en la Carta del Atlántico, firmada el 14 de agosto de 1941 por Churchill y Roosevelt. En 1944, Morgenthau, Secretario de Estado del Tesoro (Ministro de Hacienda) de Roosevelt, enunciaba así la Doctrina que iba de servir de guía al futuro: «Hay que abstenerse de recurrir a los procedimientos perniciosos del pasado: la carrera de las devaluaciones, la erección de obstáculos Aduaneros, el Control de Cambios, mediante los cuales los Gobiernos intentaron en vano contener la actividad Económica dentro de sus fronteras. Se trata de procedimientos que promovieron la depresión Económica y la Guerra». Así comenzaba la «Tercera Ola» de mundialización, que después del fin de la Guerra no ha cesado de extenderse y en la que ahora nos encontramos. Los rasgos Capitalistas de esta tercera fase se precisaron aún más a raíz del hundimiento de los Comunismos. Entonces la mundialización se caracterizó por una coloración principalmente Americana, ya que América surgió -se reconoce de forma general- de la Guerra de 1939-1945 como la primera Potencia Capitalista Mundial y del fracaso Socialista de 1980-1990 como la única Superpotencia Económica.

Tampoco debe extrañar que esta Tercera M
La tabla de contenido está vacía porque no estás utilizando los estilos de párrafo que deben aparecer en ella.

mundialización tenga, por consiguiente, un carácter aún más capitalista que las dos anteriores, es decir, que se deba aún más a la acción de las empresas privadas y cada vez menos a la de los Estados, pues, incluso en los países en que el comunismo *político* ha intentado prolongar artificialmente su existencia, los gobiernos supervivientes han hecho todos los esfuerzos posibles para librarse del socialismo económico, mediante privatizaciones, recurriendo a las inversiones extranjeras, mediante la liberación de los intercambios y acuerdos comerciales transfronterizos. Sólo Cuba y Corea del Norte se han aferrado al colectivismo totalitario y esos únicos ejemplos nos dispensan de cualquier comentario.

Así, pues, que la economía del fin del siglo XX y del comienzo del XXI sea a la vez mundializada, capitalista y con preponderancia americana no es expresión de «arrogancia» alguna. Ni siquiera es consecuencia de una opción. Es el resultado de la confluencia en virtud del determinismo histórico de tres series de hechos debidamente comprobados.

Primera serie: los cataclismos económicos y políticos desencadenados por la experiencia, sobre todo europea, de las economías cerradas entre las dos guerras.

Segunda serie: la demostración, amplia y definitiva, de la incapacidad del socialismo para hacer funcionar una economía, sea cual fuere y por poco que sea.

Tercera serie: el debilitamiento de los europeos, debido a sus propias aberraciones, acumuladas a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Dicho debilitamiento entrañaba, por contraste y de forma, por decirlo así, mecánica, el ascenso de los Estados Unidos.

Sin embargo, su superioridad no es sólo un fenómeno relativo, debido a la retrogradación comparativa de Europa...

La Europa unida, virtualmente, debería estar en condiciones de hacer contrapeso a los Estados Unidos. Si aún no lo ha logrado, no es seguramente por falta de recursos materiales y humanos, sino por no saber utilizarlos bien. En una palabra, carece de la invención, la eficacia, el sentido de la organización, la rapidez en la adaptación y la innovación suficientes. Sigue demasiado inhibida por los prejuicios ideológicos. Por eso, pese a sus éxitos, Europa sigue viviendo bajo la influencia americana. Su crecimiento resurge -con retraso- cuando la economía americana avanza; retrocede con rapidez cuando los Estados Unidos entran, como a comienzos de 2001, en recesión. ¿Acaso es nociva la mundialización por el simple hecho de que parezca confundirse actualmente con la americanización? ¿Acaso hay que negarse a ver el éxito que representó la multiplicación de la producción mundial por seis y del volumen de las exportaciones de mercancías por 17 entre 1948 y 1998? ¿Acaso hay que proscribir las inversiones directas en el extranjero, motor del desarrollo de los países menos avanzados, con el pretexto de que la mayoría de ellas son americanas?

Lo que padecen los países menos avanzados es más bien -repito- una *insuficiencia* de mundialización, ya que ésta sigue siendo en la práctica muy parcial, pues la gran mayoría de los intercambios y las inversiones se hacen hoy entre la Unión Europea, la América del Norte y el Asia del Pacífico occidental.

Por mucho que destrocen los opositores antimundialistas en Seattle o en Niza, no se ve qué solución podrían aportar para substituir la mundialización en curso. ¿O es que quieren volver al socialismo tercermundista que en unos decenios hizo hundirse el continente africano de la semipobreza en la más completa miseria? En cuanto al miedo que siente cada uno de los países de ver ahogarse su «identidad» en la uniformización americana y a la lucha de Europa por preservar su «diversidad cultural», resulta difícil analizarlos con exactitud, pues se basan en una visión heteróclita de géneros, niveles y actividades. Vemos en ellos una mezcolanza de deseo de preservar su lengua contra la universalización del inglés, reprobación de las hamburguesas servidas por McDonald's y la vestimenta juvenil, miedo a la competencia comercial de las películas y telefilms de Hollywood o amargura ante la fecundidad científica de las universidades americanas.

Pero la obsesión sigue siendo la misma y no necesariamente resulta propicia para la lucidez, sobre todo en los europeos: acaba imputando a un «imperialismo» calculado lo que es resultado de una convergencia de evoluciones históricas, las más importantes de las cuales son a menudo los errores cometidos por las supuestas «víctimas» de dicho imperialismo. Cuando Védrine reprocha a Thomas Jefferson esta «afirmación perentoria», según sus propios términos: «Los Estados Unidos son el imperio de la libertad», ¿cómo no vamos a pensar en la afirmación no menos perentoria, repetida todos los días en nuestra prensa y por nuestros políticos: «Francia es la patria de los derechos humanos»?

Para eliminar esa mundialización a la americana, Lionel Jospin propone a nuestra red internacional de cooperación cultural que promueva una mundialización a la francesa, antiliberal, es decir, que labore, dice, en pro de «la afirmación de los Estados contra las leyes desenfrenadas del mercado». Lo malo no es la mundialización en sí misma, es la mundialización a la americana. Que un país se sienta con vocación universal y la proclame no es en sí reprehensible. Lo que merece reprobación es que ese país sea los Estados Unidos y no Francia. Por consiguiente, ésta debe substituir a aquél a la cabeza de la mundialización.

Ésa es la enseñanza que sacó también Hubert Védrine del examen de la situación, durante la misma reunión, y emitió sobre el futuro de ese proyecto un diagnóstico optimista: «Desde que apareció la amenaza de una nivelación abusiva (entiéndase, naturalmente, americana) Francia ha recuperado bazas». Por lo demás, el ministro de Asuntos Exteriores acababa de añadir, unos meses antes, a la lista de sus obras un nuevo libro titulado precisamente *Les Cartes de la France* [Las cartas de Francia]. En él desarrolla, como Jospin, la idea de que la opresión de la «hiperpotencia» americana ha hecho, por decirlo así, reavivarse el impulso de la vocación y la misión universalistas de Francia, que son las de oponer su propia forma de mundialización a la de los Estados Unidos. Esa idea fija de la mundialización destructiva es la que es falsa. En la realidad, fuera cual fuese la influencia de una cultura -griega en la Antigüedad, italiana en el siglo XVI, francesa en el XVIII, etc.-, ninguna aniquiló nunca a las otras, cuya originalidad resultó, al contrario, estimulada con frecuencia. Entendámonos. Es indiscutible que la preponderancia planetaria de los Estados Unidos plantea desde hace varios años a los demás países problemas inéditos, en todas las esferas, y la cultural no es la menos importante: más adelante volveré a referirme a ello.

Pero dicha preponderancia es producto de un proceso histórico que se extiende a lo largo de más de un siglo. Hay que analizar sus elementos constitutivos para afrontar racionalmente la situación nueva, para aprovecharla en lo positivo que aporta y a la vez corregir sus excesos, cuando parece perjudicar a una gestión equilibrada y equitativa de los asuntos mundiales, pero el resentimiento que mueve a luchar contra cualquier solución, aun cuando sea buena, únicamente porque es de origen o de carácter americano ha de debilitar por fuerza aún más al país que tome como única guía esa americanofobia. El país que es presa de semejante repulsión irracional reduce su eficacia y se vuelve antipático para numerosos países extranjeros que nada tienen de americanos ni de sistemáticamente americanófilos, al contrario. Tampoco lo es la pobreza, aunque lo clamen en sus lemas. Lo que les importa no es erradicar la pobreza, sino hacer creer que se debe al liberalismo y a la mundialización. Si hay un axioma universalmente considerado verdadero, también por los partidarios de la mundialización, es sin duda el de que «aumenta la distancia entre los pobres y los ricos» o el de que «los pobres son cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos».

¿A qué se debe la confusión constante entre los dos conceptos? Seguramente es consecuencia de una doble presión: por una parte, la de los intereses de los dirigentes de los países menos avanzados con vistas a obtener el aumento de la ayudas y, por otra, la propaganda de los ideólogos de los países más avanzados, encaminada a presentar el liberalismo y la mundialización como los culpables de una supuesta agravación incesante de la pobreza absoluta en el planeta. Esta última se ha más que duplicado en el conjunto de los llamados países menos adelantados durante la segunda mitad del siglo XX. En la India, por

ejemplo, durante ese mismo período, la producción de alimentos se ha multiplicado por diez, lo que ha permitido la desaparición de hambrunas en masa, tan frecuentes en el pasado. No basta aún para impedir a una gran parte de la población india (que se ha cuadruplicado durante el mismo lapso) vivir en una pobreza inaceptable, pero las grandes hambrunas de antaño han desaparecido y la pobreza no cesa de reducirse, contrariamente a los tópicos habitualmente propalados.

De todos modos, el mejor medio de seguir reduciéndola no es, desde luego, el de estrangular la mundialización liberal, que ha demostrado su valía. En América Latina, de 1950 a 1985, la renta real por habitante se duplicó en dólares constantes (valor de 1975), al pasar de 1.000 dólares anuales, aproximadamente, a un poco más de 2.000, es decir, el nivel de la Europa occidental hacia 1950. En 1985 México ocupaba un puesto de renta por habitante más alto a escala mundial que Italia en 1960. Durante los cinco decenios que acaban de transcurrir, América Latina en conjunto ha progresado un 5 por ciento, aproximadamente, al año. Ningún país europeo ha tenido un ritmo medio de crecimiento tan sostenido. Esas cifras muestran hasta qué punto todas las cantinelas sobre «la pobreza que no cesa de agravarse» están inspiradas por la ignorancia o la pura mala fe. La pobreza que subsiste, las quiebras periódicas de la hacienda pública, la inflación y las huidas de capitales no son consecuencia de un subdesarrollo fundamental y supuestamente en aumento, sino de la incompetencia y la corrupción de los dirigentes, del despilfarro de la ayuda internacional y la persistencia de un sector público ruinoso e ineficaz. Esta triste observación resulta aún más patente en el caso de África, único continente del Tercer Mundo en el que ha habido una efectiva pauperización *absoluta* y no sólo una agravación de *la distancia* respecto de los países ricos. Pero esa pauperización tiene causas *políticas*, no económicas.

Lo que ha destruido las economías africanas o ha obstaculizado su desarrollo es mucho más el estatismo que el mercado y el socialismo más que el capitalismo. En su mayoría, los países africanos, es decir, las minorías africanas educadas en Europa que pasaron a ser las clases dirigentes después de las independencias, adoptaron los sistemas soviético o chino. Se arrogaron, así, el poder absoluto y los medios para el enriquecimiento personal. En particular, de Argelia a Tanzania, tomaron prestada del comunismo la receta infalible para la ruina de la agricultura: la colectivización de las tierras y la creación de «cooperativas» rápidamente improductivas.

Demostaciones inútiles, por desgracia, ya que los falsos amigos del Tercer Mundo en modo alguno quieren que los pobres sacien su hambre. Sólo quieren imputar al capitalismo una miseria que en África es sobre todo hija del socialismo. Además de las mortíferas copias del koljuzismo soviético - chino por las nomenclaturas de África y el desvergonzado saqueo de los recursos internos y de la ayuda exterior por las oligarquías locales, las incesantes guerras civiles o interestatales, las guerras de religión, las exterminaciones interétnicas, el racismo intertribal, las matanzas y los genocidios son las principales, si no las únicas, explicaciones de la caída de las poblaciones africanas en la indigencia a que han quedado reducidas. Las guerras civiles que exterminan y hacen padecer hambre a millones de habitantes y refugiados de la República «Democrática» del Congo desde 1997 son un ejemplo eminente de ello, pero no el único ni, por desgracia, el último. Habría que distribuir entre los opositores antimundialistas algunos millares de ejemplares de la obra maestra del escritor polaco Ryszard Kapuscinski, *Ébano*, descripción patéticamente espléndida de esa miseria africana provocada por los africanos y también diagnóstico de sus causas. Kapuscinski ha recorrido todo el continente durante años, pero los ricos seudorrevolucionarios de Seattle o de Gotemburgo en modo alguno desean conocer las verdaderas razones del cataclismo africano. No les interesa en modo alguno remediarlo. Les basta con creer y hacer creer que se debe a la mundialización liberal. Uno de sus cánticos favoritos pide la ritual «anulación de la deuda del Tercer Mundo». El Papa dirige el coro y las clases políticas de todas las orientaciones entonan el estribillo.

Ahora bien, quien dice deuda dice dinero previamente entregado al prestatario. No parece que se deba devolver lo que previamente se ha recibido. Ahora bien, ¿qué ha sido de esas sumas entregadas, por no hablar de las puras y simples donaciones que no eran préstamos? ¿Cómo y quién las utilizó? En Madagascar, ¿qué hizo Didier Ratsiraka con los miles de millones de francos franceses que recibió, plétora que el pueblo malgache hambriento nunca olió y deuda que François Mitterrand anuló en 1990, con lo que hizo pagar a los contribuyentes franceses la «calderilla» de un dictador, lo que se puede considerar al menos una incuria, por no decir algo peor? ¡Acuerdo conmovedor entre dos monarquías bananeras! Los periodistas de investigación harían bien en buscar el rastro en Suiza o en alguna otra parte de los miles de millones de dólares robados por el dictador nigeriano Sani Abacha muerto (¿asesinado?) en 1998. ¿De qué serviría anular la deuda de Robert Mugabe, típico «presidente-dictador», que ha amañado todas las elecciones y en veinte años ha logrado transformar uno de los países más fértiles de África en una tierra desolada?

Otra estrofa del cántico antiliberal habla de la exigencia de un «plan Marshall para África». Es un tópico que se repite sin cesar. Detallito molesto: planes Marshall para África ha habido varios desde hace cuarenta años, sin resultado. África ha disfrutado incluso -podríamos decir- de un «plan Marshall permanente». De 1960 a 2000, recibió *cuatro* veces más créditos (¡no devueltos, claro está!) y ayudas por habitante que América Latina o Asia. ¿Por qué estos últimos continentes han despegado y África no? Lo que los antiliberales se niegan a reconocer es, por una parte, que, en su mayoría, los llamados pueblos menos adelantados en general avanzan y, por otra, que los que retroceden deben ese infortunio sobre todo a azotes políticos internos y no sólo a causas económicas mundiales. Dejando de lado la excepción africana, el conjunto de los países pobres es hoy menos pobre que hace medio siglo. Así, pues, la mundialización ha sido globalmente positiva, pero resulta inútil acumular las pruebas y las cifras que lo demuestran, pues la buena fe nada puede hacer contra la mala.

Toda explicación encaminada a revelar los progresos económicos debidos al capitalismo y a la libertad de intercambios o a determinar las responsabilidades locales en las regresiones y las hambrunas provoca un tornado de indignación virtuosa. Así, en 2000 un economista, Albert Merlin, provocó replicas acerbas por haber publicado en *Les Échos* un artículo en el que resumía y comentaba un informe del Banco Mundial, totalmente silenciado, por lo demás. ¡Y con razón! Dicho informe, obra de dos economistas de competencia reconocida, David Dollar y Aart Krav, deja mal parado el dogma según el cual la mundialización engendra, supuestamente, pauperización. Demuestran lo contrario, gracias a una minuciosa retrospectiva, que abarca cuarenta años y 125 países. Según sus datos, el aumento de la renta en los países más pobres, los países que se encuentran en la quinta parte inferior de la escala, es porcentualmente la misma, a largo plazo, que la del conjunto de los países del resto del mundo.

Además, el benéfico efecto del crecimiento general en los más pobres durante los cinco últimos años del siglo XX, los de mundialización más intensa, no se ha debilitado. Así, pues, la libertad de los intercambios y el mercado ejercen una influencia positiva en las rentas de los países pobres. Cuando la renta media por habitante en el planeta aumenta un 1 por ciento, la de los países pobres aumenta en la misma proporción, conforme a lo que Dollar y Krav llaman la ley de «*one to one*». Y Albert Merlin puede sacar esta conclusión: «Esa demostración basta (o debería bastar) para invalidar las tesis habituales sobre la pobreza en aumento y los horrores del libre cambio». Se objetará que los economistas se equivocan con frecuencia. Es cierto, pero los economistas se equivocan - ¡y no son los únicos!- *en sus previsiones*. Ahora bien, en ese informe del Banco Mundial no se trata de previsiones, sino de una descripción, de historia. En el arte de manipular términos cuyo sentido no se entiende o, en todo caso, no se explica, la expresión «umbral de la pobreza» ocupa un lugar primordial. No hay diario impreso, radiofónico o televisivo en el que no se nos aseste la

afirmación de que determinado porcentaje espantoso de la población de determinado país o del planeta entero «vive por debajo del umbral de la pobreza», pero no se nos da nunca la definición científica de dicho umbral.

Se calcula el umbral de la pobreza en función de la renta *mediana* (no *media*, sino mediana) en cada uno de los países. Así, pues, tomando la renta que se sitúa en la mitad de la escala, se traza otra línea que divide, a su vez, en dos la mitad de abajo. Se clasifican entre los pobres, en cada uno de los países, todos los hogares cuya renta se encuentre en el cuarto inferior de toda la escala. Así, pues, es evidente que el «pobre» en modo alguno tiene el mismo nivel de vida en un país muy rico, en el que la renta mediana es muy elevada, y en un país muy pobre, a su vez, o incluso que se encuentre en la media de las rentas. El «pobre» americano o sueco sería un nabab en Nepal. Y, sin necesidad de ir hasta el Himalaya, y por mencionar países honorablemente desarrollados, aunque no figuren entre los más ricos, podemos observar que un pobre americano actual goza de una renta (unos ocho mil dólares al año en el caso de un individuo aislado) casi equivalente a la renta *media*, correspondiente a una vida desahogada, considerada totalmente decorosa, en Portugal o en Grecia. Y el «pobre» americano tiene incluso una renta *superior*, pues, al quedar «por debajo del umbral de la pobreza», tiene acceso instantáneamente a los subsidios y otras ventajas del *Welfare*. ¡Cuántas proclamaciones engañosas en nombre de ese concepto, tanto más propalado cuanto más nebuloso resulta, de «umbral de la pobreza»!

Al propalar la mentira según la cual la mundialización empobrece, supuestamente, a los más pobres, los opositores «ciudadanos» obedecen a una doble pasión. Por una parte, la pasión antiamericana, que se remonta a la guerra fría e incluso a épocas anteriores; por otra, la pasión antiliberal tradicional de la izquierda. Una masa flotante de unos centenares de miles de manifestantes compensa así su frustración por haber visto fracasar todos los socialismos y todas las revoluciones. Esos «revolucionarios sin revolución» carecen de programa inteligible alguno que pudiera substituir a la mundialización. Su retórica ni siquiera tiene ya la coherencia facticia de las ideologías totalitarias del pasado. Al berrear consignas, se hacen la ilusión de pensar. Al devastar ciudades e intentar impedir la celebración de reuniones internacionales, se hacen la ilusión de actuar. El odio a la civilización liberal es, como decía, la clave de la obsesión antiamericana de muchos y se remonta a una época lejana del pasado. En mayo de 1944 Hubert Beuve-Méry, el futuro fundador y director de *Le Monde*, escribía: «Los americanos constituyen un auténtico peligro para Francia, un peligro muy diferente de aquel con que nos amenaza Alemania y con el que podrían amenazarnos en su momento los rusos. Los americanos pueden impedirnos hacer una revolución necesaria y su materialismo ni siquiera tiene la grandeza trágica del de los totalitarios. Si bien conservan un auténtico culto por la idea de Libertad, no experimentan la necesidad de liberarse de las servidumbres que entraña el capitalismo».

Para formular semejante opinión en un momento en que el futuro desembarco aliado podía aún fracasar, en que la potencia nazi, aunque disminuida, seguía esclavizando a Europa, en que se sabía lo que era el estalinismo, había que tener una jerarquía de valores y peligros según la cual la amenaza liberal prevalecía sobre todas las demás.

4. ¿Por qué tanto odio?... ¡Y tantos errores!

No sin cierta provocación, se podría afirmar que no existe una cuestión americana en sí. La única, la verdadera, cuestión es la de las relaciones que los Estados Unidos mantienen con el resto del mundo. Relaciones prácticas, morales y (tal vez las más importantes) imaginarias. Así, pues, quien quiera informarse sobre los Estados Unidos dispone de todos los medios para lograrlo, incluso sin visitarlos. Si se está mal informado, aun habiéndolos visitado con frecuencia, quiere decir que es algo deliberado. ¿Por qué esa parcialidad?

Naturalmente. Pero esa observación totalmente fundada no hace otra cosa que desplazar hacia arriba el origen de la voluntad de ignorar o mentir. Precisamente porque los Estados Unidos son una superpotencia geoestratégica y en muchos sentidos un crisol de comportamientos sociales y culturales imitados en el mundo entero, conviene conocerlos bien, sobre todo por parte de quienes quieren reducir su influencia. Quien se limita a repetir un resentimiento inspirado por prejuicios se condena a sí mismo a la impotencia. No es que la sociedad americana esté –insisto– exenta de defectos, ¿qué sociedad podría estarlo? Todo el mundo tiene derecho a criticarlos. No es que América no cometa errores y abusos en su política exterior. ¿Qué país no los comete? Y los suyos tienen consecuencias tanto más nefastas cuanto que es un país hegemónico. Así, pues, conviene descubrirlos y denunciarlos. Ahora bien, es necesario que dichas críticas y denuncias se refieran a los verdaderos defectos y errores y también que quienes desprecian a América no pasen por alto, consciente o inconscientemente, sus cualidades y sus éxitos.

Cuando el examen y el análisis, ante los aspectos negativos y los positivos, carecen de verdad e imparcialidad, ensoberbecen seguramente a quienes lo hacen con una falsa ilusión de revancha y del goce onírico de una superioridad facticia, pero en la esfera de la acción, que es la de la política, contribuyen a debilitarlos aún más. Tomemos la creencia, rápidamente dada por demostrada, según la cual los Estados Unidos habían establecido una censura de prensa y de los medios de comunicación durante las semanas que siguieron a los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra Nueva York y Washington. ¿De qué se trataba? Además, quienes despreciaban la «censura» americana omitían, naturalmente, que en los Estados Unidos también los periódicos advertían todos los días contra los riesgos que todo estado de guerra hace correr a la libertad de opinión e información. En otra esfera, las medidas adoptadas después del 11 de septiembre con vistas a prevenir los ataques terroristas (medidas semejantes a las adoptadas en Europa, por lo demás) provocan, también allende el Atlántico, las protestas de los grupos de defensa de las libertades. No vale la pena burlarse –no sin razón, por lo demás– de la ineficacia del FBI y de la CIA, pues, como se demostró después, habrían podido localizar fácilmente y por adelantado a los futuros pilotos kamikazes de los vuelos terroristas, si al mismo tiempo el legislador les deniega los poderes especiales necesarios.

Mientras no les ha caído la desgracia en la cabeza, procuran al máximo permanecer vulnerables, pero esa ingenuidad suicida en ningún caso autoriza a los europeos a blandir una supuesta decadencia del sentido de las libertades en los Estados Unidos de América, como si el peligro «fascista» existiera de forma preponderante en los Estados Unidos, país que, en doscientos veinte años, no ha conocido ni una sola dictadura, mientras que Europa las ha coleccionado. El principal reproche que se puede hacer a la «hiperpotencia» de los americanos podría ser el de haber alterado mentalmente al resto de la especie humana. Ha vuelto a unos sedientos de venganza y ha alterado la capacidad de observación y razonamiento de los otros, en grados diversos, pero siempre de forma perjudicial para su lucidez. También se lo esperaban en América Latina, donde el antiamericanismo está orgánicamente vinculado con la historia de ese subcontinente. Sirve en él de fantasma compensatorio por el relativo fracaso de la América del Sur respecto de la América del Norte. Como escribe el gran pensador venezolano Carlos Rangel: «Para los latinoamericanos constituye un escándalo insoportable que un puñado de anglosajones, llegados al hemisferio mucho después que los españoles y en un clima tan crudo, que poco faltó para que ninguno de ellos sobreviviese a los primeros inviernos, hayan llegado a ser la primera potencia del mundo. Sería necesario un impensable autoanálisis colectivo para que los latinoamericanos pudieran mirar de frente las causas de ese contraste. Por eso, aun sabiendo que es falso, todos los dirigentes políticos, todos los intelectuales latinoamericanos están obligados a decir que todos nuestros males encuentran explicación en el imperialismo norteamericano».

En cambio, se esperaba una reacción más matizada de Europa, donde el antiamericanismo es, pese a todo, menos automático y menos virulento que en África o en América Latina, ya que el fracaso relativo es menos pronunciado en ese continente. Y es cierto que en la Unión Europea los gobiernos y las opiniones públicas se solidarizaron mayoritariamente y sin reservas con los Estados Unidos para deplorar la agresión de que ese país acababa de ser víctima. Ésa es la evidencia para todos, salvo para los ciento trece intelectuales. Una vez más, invierten los papeles y atribuyen a las democracias toda la gama de los sentimientos «celestiales», megalómanos, delirantes y homicidas que caracterizan al terrorismo islámico. Así, se imputan a los Estados Unidos todos los males, reales o supuestos, que afligen a la Humanidad, desde la bajada de los precios de la carne de bovino en Francia hasta el sida en África y el posible calentamiento de la atmósfera. En cuanto a la «hiperpotencia» americana, que tanto quita el sueño a los europeos (no se les recordará bastante), deberían preguntarse por sus propias responsabilidades en la génesis de esa preponderancia. Según se nos repite machaconamente, el terrorismo antiamericano se explica supuestamente o incluso se justifica por la «pobreza en aumento» que supuestamente propaga el capitalismo mediante la mundialización, orquestada por los Estados Unidos.

En cuanto a la excepción africana, vuelvo a insistir: se debe mucho más al estatalismo y al socialismo que al liberalismo y al capitalismo. Son sobre todo sus incesantes guerras civiles que no cesan de desgarrar ese continente. Las causas del naufragio africano son más políticas e ideológicas o tribales que económicas. No sólo Ben Laden o sus émulos y sucesores ven en los Estados Unidos un «enemigo del Islam al que se debe destruir», sino que también musulmanes americanos, sin ir tan lejos, creen que pueden proponerse convertir a todos sus conciudadanos. Con una persistente hipocresía, los antimundialistas han atribuido cada vez más la pobreza de los países en vías de desarrollo a la libertad de comercio, cuando resulta que esos mismos países no cesan de quejarse de los obstáculos que impiden o limitan la exportación de sus productos agrícolas y sus textiles a los países ricos.

5. La peor sociedad que haya existido jamás

En este capítulo el autor compara todo lo que ocurre en la sociedad Americana con lo que ocurre en Francia:

La condena pronunciada contra los Estados Unidos principalmente en Europa, donde Francia blande, a ese respecto, el altavoz más sonoro, no se refiere sólo a su «unilateralismo» de hiperpotencia... reproche curiosamente combinado, por lo demás, cuando resulta necesario, con la queja sobre su aislacionismo. La sentencia infama también a la sociedad americana en cuanto tal, en su funcionamiento interno. Según sus considerandos, se trata supuestamente de la peor reunión de seres humanos que la Historia haya conocido jamás.

En primer lugar, es una sociedad enteramente regida por el dinero. Ningún otro valor, ni moral, ni cultural, ni humano, ni familiar, ni cívico, ni religioso, ni profesional o deontológico, ni intelectual tiene vigencia por y para ella. Todos esos valores remiten al dinero. Todas las cosas son mercancías: se las ve y se las utiliza exclusivamente como mercancías. Sólo se estima a una persona por su cuenta en el banco. Todos los presidentes de los Estados Unidos están vendidos a los petroleros o a los traficantes de armas o al grupo de presión agrícola o a los especuladores de Wall Street. América es la «jungla» por excelencia del liberalismo y del capitalismo «salvajes» (naturalmente). Además, y como consecuencia en cierto modo, los ricos en ese país son cada vez más ricos y cada vez menos numerosos, mientras que los pobres, cuya multitud no cesa, en cambio, de aumentar, son cada vez más

pobres. La pobreza es la plaga dominante en los Estados Unidos. Por todas partes se ven en ese país hordas de miserables hambrientos, entre los cuales circulan lujosas «*chauffered limousines*» con cristales opacos de multimillonarios. Esa pobreza y esas desigualdades horrorizan legítimamente al europeo, tanto más cuanto que en América no existen —se sabe de buena fuente— ni seguridad social ni subsidios de desempleo ni jubilaciones ni ayuda a los más necesitados ni la menor solidaridad. Los americanos — Cree firmemente el europeo, porque sus minorías selectas se lo repiten todos los días— no gozan de protección social alguna. Sólo los ricos pueden recibir tratamiento de enfermedad, ya que allí, tanto para los médicos como para todos los demás americanos, el beneficio es lo único sagrado. Los ricos son también los únicos que pueden hacer estudios prolongados ya que las universidades son de pago. A eso se debe el bajísimo nivel de conocimientos en los Estados Unidos, tanto más consternador cuanto que las enseñanzas elemental y secundaria son de una notoria nulidad.

Otro vicio típico: la violencia. Reina por doquier en América, tanto en forma de una delincuencia y una criminalidad incomparables en el mundo como en la fiebre casi insurreccional que agita permanentemente a los «guetos». Esta última es la consecuencia inevitable del racismo, arraigado en el corazón de la sociedad americana, donde enfrenta, por una parte, a las «comunidades» étnicas unas con otras y, por otra, al conjunto de las etnias minoritarias con la mayoría de sus opresores blancos. La imperdonable cobardía-combinada seguramente con venalidad- que inhibe desde siempre a los dirigentes políticos a la hora de prohibir la venta libre de armas de fuego propicia periódicamente ese horror de que los adolescentes no vayan a la escuela sino para abrir fuego en ella contra sus profesores y sus condiscípulos. Otra convicción universalmente propalada: hay tantas menos posibilidades de curar todos esos males cuanto que los americanos tienen a gala elegir como presidentes a simples retrasados mentales. Desde el «vendedor de corbatas de Missouri» Truman hasta el cretino congénito de Texas George W. Bush, pasando por el «vendedor de cacahuetes» Carter y el «actor de serie B» Reagan, contemplamos en la Casa Blanca una auténtica galería de retrasados mentales profundos. Sólo, a nuestro juicio, sobresalió un poco de entre ese lastimoso rebaño John F. Kennedy, probablemente porque tenía el mérito de estar casado con una mujer de origen francés. Esa unión lo alzaba, naturalmente, hasta un nivel intelectual -digamos- medio, pero seguramente demasiado elevado aún para sus conciudadanos, que no se lo perdonaron, puesto que lo asesinaron.

De todos modos los Estados Unidos son -todo el mundo lo sabe- una democracia sólo en apariencia. El sistema político americano reveló su verdadero rostro con el maccarthysmo, entre 1950 y 1954. Semejantes barbaridades reflejan más los problemas sociológicos de quienes las profieren que los defectos de la sociedad a la que se imaginan procesar. Pese a la difusión cada vez mayor de la información y al costo cada vez menor de los viajes desde 1970, no se han corregido los absurdos reinantes en los juicios tópicos sobre los Estados Unidos y difieren muy poco de aquellos cuyo catálogo confeccioné en *Ni Marx ni Jesús*. No nos cansaremos de repetirlo: todas las sociedades tienen, desde luego, sus defectos, sus ignominias incluso. Es lícito que cualquier observador los describa y los condene, pero hace falta que sean ciertos. Ahora bien, la requisitoria habitual contra los Estados Unidos arrastra una pequeña partida de lugares comunes casi invariables, que denota sobre todo un desconocimiento del asunto que, de tan grosero como es, esperamos que sea voluntario y resultaría fácil de corregir. Los gastos *públicos* de salud representan en los Estados Unidos un porcentaje del producto interior bruto prácticamente igual al porcentaje francés. En cuanto a los más pobres, están notoriamente cubiertos por un programa bien conocido, llamado *Medicaid*, y las personas ancianas por otro llamado *Medicare*, financiados los dos con dinero público. Cierto es que el sistema americano tiene lagunas, pero, si el nuestro no las tuviera, ¿acaso habría obligado el gobierno de Jospin a crear la CMU (seguro de enfermedad universal), en relación con el cual nos enteramos de que seis millones de

franceses -es decir, ¡el diez por ciento de la población!- no tenían hasta entonces acceso a la atención sanitaria?

Cuando el señor Adolphe escribe que en los Estados Unidos no se puede «envejecer dignamente», si no se tiene una fortuna, probablemente se refiera a que en ese país no existen las jubilaciones pagadas con cargo al dinero público. Pues bien esa jubilación, llamada allí *social security*, fue instituida ya en el decenio de 1930 por F.D. Roosevelt. Se trata de un simple ejemplo que al menos tiene el mérito de versar sobre un punto preciso. El señor Adolphe, que prefiere los terrenos imprecisos, afirma que América no puede ser una democracia, porque es, según dice, un país «en el que todo se compra y se vende». ¡Audaz generalización! Los hombres de letras europeos no son los únicos que desprecian una literatura americana a la que, sin embargo, deben tantos temas renovadores y técnicas narrativas revolucionarias. En la esfera política, la mayoría de los intelectuales consultados no dejan, naturalmente, de denunciar la «arrogancia» de América y añaden que su propia riqueza la inhabilita para hablar en nombre de los derechos humanos. Además, los escritores americanos son mucho más críticos de su sociedad de lo que proclaman los papagayos del antiamericanismo, japoneses, franceses o de otra índole.

En particular, de 1865 a 1914, el período que separa el fin de la guerra de Secesión del comienzo de la primera guerra mundial, denominado *Gilded Age*, que podríamos traducir familiarmente por «la era del parné», vio surgir a varios novelistas que describen su sociedad como corrompida, vulgar, inculta, materialista e hipócritamente puritana. Pensamos en Frank Norris, Theodore Dreiser, Upton Sinclair o Sinclair Lewis, cuyas novelas son requisitorias tan exageradamente abrumadoras para la sociedad americana como las más negras novelas de Zola pueden serlo para la sociedad francesa prácticamente de la misma época. Esos autores toman con frecuencia sus temas de las indagaciones de un periodismo de investigación escrupuloso a la hora de averiguar los hechos y sin miramientos a la hora de formular las enseñanzas que de ellos se desprenden... y eso también es una creación de la sociedad americana. Entonces se llamaba a esos periodistas *muckrakers* (literalmente, «removedores de lodo»), pero esa vena novelesca no se agotó en 1914 -basta con mencionar entre las dos guerras la obra de John Dos Passos- y se prolonga después de la Segunda Guerra Mundial, como atestiguan las novelas de John Updike o de Tom Wolfe. Asimismo, las películas y los telefilmes americanos abordan de frente «asuntos de sociedad» espinosos o asuntos políticos candentes (el caso *Watergate*, por ejemplo) con mucha mayor frecuencia y crudeza que la producción europea. La idea de que en América la literatura y el cine están, supuestamente, consagrados por entero a la auto satisfacción del sueño americano y de la excelencia americana es propia del delirio... o de la ignorancia, que, como casi siempre en el caso de los Estados Unidos, es voluntaria; dicho de otro modo: se desprende de la mala fe. Por lo demás, no se ve -dice riendo, burlón, el europeo medio- cómo podrían tener una cultura los Estados Unidos, cuando se trata de una sociedad que vive aún en estado salvaje, una sociedad regida por la violencia y devastada por la criminalidad.

Un primer contrasentido, respecto de la violencia en los Estados Unidos, se debe con frecuencia a que en inglés la palabra *crime* designa todas las clases de infracciones y delitos, hasta los menores, y no sólo, como la palabra francesa «crime», los asesinatos. La traducción en inglés de esta última es *murder*, que se califica como de primero o de segundo «grado», según que haya habido o no premeditación. Cuando un europeo lee con espanto mezclado con secreta satisfacción las estadísticas de la delincuencia en los Estados Unidos, ignora, a no ser que se trate de un especialista, que «criminalidad» abarca allí los delitos menores, como el robo por el procedimiento del tirón, los cheques sin fondos, la venta de un canuto de marihuana en la esquina de una calle, la apropiación de un galón de gasolina del coche de un vecino tanto como el homicidio voluntario.

Una vez hechas esas precisiones, no por ello deja de ser cierto que la sociedad americana ha sido siempre una sociedad violenta, se trata de una realidad que reconocen desde hace tiempo los propios americanos, pero es también un azote que se esfuerzan por extirpar. No niegan su existencia, como lo hacen con demasiada frecuencia los europeos ante sus propias dificultades sociales. Los franceses, en particular, se han tapado los ojos durante mucho tiempo ante el aumento galopante de la inseguridad en su país. El resultado es que, durante los quince últimos años del siglo XX, la delincuencia y la criminalidad han disminuido progresivamente en los Estados Unidos, mientras que subían por las nubes en Europa. La hazaña americana más célebre a ese respecto es el «milagro de Nueva York», ciudad en la que Rudolph Giuliani, elegido alcalde en 1993, hizo disminuir en más de la mitad la delincuencia y la criminalidad en cinco años. En 1998 los asesinatos anuales, en particular, pasaron de 2.245 en 1990 a 633. (Nueva York cuenta con unos ocho millones de habitantes y durante la jornada laboral su población aumenta a doce millones de personas). Su táctica, basada en el principio que llama «tolerancia cero», consistió en castigar todas las infracciones, por mínimas que fueran —robos de bicicletas, fraudes en el metro, tirones de bolsos—, sin pasar por alto *nada*. Si no se ahoga la delincuencia en el huevo, sostenía, se extiende ineluctablemente y da origen a esas «zonas sin ley» que constelan el territorio francés.

Otra fórmula «giulianiana» es la imagen del «cristal roto». La expresión procede de un artículo de James Q. Wilson y George L. Kelling, «*Broken Windows*» («Ventanas rotas»). Según su análisis, si en un barrio unos gamberros rompen un cristal y no es inmediatamente reparado y no se los detiene y sanciona inmediatamente, todo el inmueble y poco después todo el barrio será saqueado y caerá en manos de bandas que la policía ya no podrá controlar y que, con inversión de los papeles, perseguirán a la policía, cosa que ha llegado a ser, a partir de 1980, aproximadamente, el panorama «ciudadano» en Francia. Nadie dejará de admirar la perfección contradictoria de ese razonamiento. Nadie discute ya, ni siquiera en Francia, que entre 1990 y 2000 los Estados Unidos lograron reducir sensiblemente su inseguridad, mientras que durante el mismo período la inseguridad francesa no cesaba, por su parte, de agravarse, igual que la inseguridad en toda Europa. Incluso la izquierda francesa, al instante seguida por su perrito faldero que es la derecha, se vio obligada a reconocer que no todo era malo en el método Giuliani... imitado, por los demás, en los Estados Unidos, con los mismos resultados convincentes, en muchas otras ciudades, además de Nueva York. Pero, aunque se adhiriera a ese método, por la presión de los hechos, Francia, o al menos su clase política, tuvo a bien proclamar que no por ello se convertía al «modelo americano». ¿Qué «modelo»? Se trata de un nombre muy pomposo para bautizar medidas de elemental sentido común, dictadas por la experiencia. Así, vemos que en numerosos países el antiamericanismo sirve de excusa para las carencias gubernamentales, el subdesarrollo ideológico y el engaño delictivo. En cuanto se rechaza el «modelo americano», se ha optado por la buena opción, aunque se naufrage.

Esa mueca de desdén para con el «modelo americano», en materia de seguridad como de muchas otras dificultades sociales o económicas, por parte de numerosos países que hacen las cosas mucho peor que los Estados Unidos, con frecuencia raya no sólo en la inepticia, sino también en el ridículo. En los Estados Unidos el *sheriff* (palabra procedente del derecho inglés) es un oficial de la administración elegido democráticamente, encargado de mantener el orden y hacer respetar las decisiones de la justicia en un condado. Nada tiene que ver con el alcalde, cuyas misiones, poderes y cometidos, en el marco de un municipio, son mucho mayores y se extienden a esferas múltiples y mucho más variadas. Es como si se confundiera en Francia a un alcalde de una gran ciudad con un capitán de la gendarmería.

Mientras la delincuencia y la criminalidad retrocedían en América, las nuestras se duplicaban de 1985 a 1998. Han galopado aún más rápidamente después. Chispa de lucidez: un

habitante de Vitro-sur-Seine, al deplorar el aumento vertiginoso de los incendios de automóviles en su barrio, exclama; «¡Esto es peor que América!» En efecto. América ya ni siquiera puede servir de referencia, de tanto como nos hemos alejado de ella. Los europeos tienen razón al censurar la libertad de venta de armas de fuego que subsiste en los Estados Unidos, pero esas vituperaciones serían más convincentes, si no resultara igualmente fácil procurarse armas en Europa, donde son objeto de un floreciente mercado negro. Aunque no sean de venta libre, el resultado es el mismo, si no peor. Por lamentable que sea, la venta oficial de armas a los particulares en América permite al menos -o, mejor dicho, obliga a- registrar el nombre del comprador, que debe pagar también una licencia y dejar sus huellas dactilares. A Europa es a la que invade la jungla en el tráfico de armas, una jungla en la que todo el mundo puede procurárselas sin que se sepa quién las posee.

Antes de analizar el problema del posible «comunitarismo» americano, quisiera dar otro ejemplo de esa manía que tienen los europeos de convertir a los Estados Unidos en el origen de sus propios males. Volvemos a ver en este caso algunas de las obsesiones francesas tradicionales: en primer lugar, según esos corresponsales de *France Inter*, evidentemente inteligentes y competentes, por lo demás, las aparentes proezas de las televisiones americanas se deben exclusivamente al poder del dinero (diablo exclusivamente americano). Nunca se deben al talento y tampoco a la profesionalidad de sus periodistas; además, la labor de los periodistas americanos no es informativa, es propaganda. Ni que decir tiene que, desde hace un siglo y más, la prensa y los medios de comunicación de los Estados Unidos nunca han dado pruebas del menor sentido de la información, del menor interés por la verdad de los reportajes, y en sus editoriales están al servicio del poder político: críticas sabrosas, procedentes de un país como Francia, en el que durante mucho tiempo la televisión y la radio estaban totalmente controladas por el Estado y en el que siguen estándolo en gran parte. (La propia *France Inter* era en 2001 una radio estatal). Es una de las cantinelas del «pensamiento único» francés: los Estados Unidos, en materia de inmigración, practican el «comunitarismo» y el «multiculturalismo», mientras que la tradición francesa, sobre todo la «republicana», tiene como principio rector la integración. Lo digo una vez más y una vez por todas: tomo aquí como ejemplo a Francia tantas veces, porque es, a mi juicio, el laboratorio privilegiado en el que confluyen en el grado máximo y más marcado ideas sobre los Estados Unidos que en forma menos polémica y más atenuada están extendidas prácticamente por toda Europa y también en otros sitios.

Es cierto que en los Estados Unidos se emplea con frecuencia el término de «comunidad», no sólo, por lo demás, en sentido étnico o religioso, sino también de forma muy general e imprecisa, para designar una ciudad, un barrio, un condado, una asociación, una profesión, los adeptos a un deporte, a un juego, a una distracción. En el sentido étnico, «comunidad» abarca las costumbres, creencias, fiestas, hábitos alimentarios o vestimentarios, etc., de los ciudadanos descendientes de una categoría determinada de inmigrantes o inmigrantes ellos mismos. Pero esa fidelidad a los orígenes no debe engañarnos. No entraña ningún antagonismo entre esos grupos culturales y los demás ciudadanos americanos. La comunidad irlandesa desfila en masa y ruidosamente por las calles de Nueva York o de Boston el día de San Patricio, santo tutelar de Irlanda. Sin embargo, esas festividades no impiden a los descendientes de los irlandeses llegados en el siglo XIX sentirse plenamente ciudadanos americanos, tanto como franceses se sienten los «aveyronneses de París» o los «francoconteses de Lyon». Cuando un neoyorquino nos dice: «Soy irlandés» o judío o italiano, no pretende repudiar su nacionalidad americana; se limita a darnos una indicación trivial, en una sociedad que se constituyó acumulando inmigrantes, como puede hacerlo un asiático o un latino en California o en Florida, inmigrantes o descendientes de inmigrantes más recientes. Su vocabulario no debe incitarnos a decretar que el «*melting pot*» ha dejado de funcionar. Al contrario, sigue funcionando muy bien. Sin embargo, durante el último tercio del siglo XX, una minoría que se las daba de progresista propugnó —cierto es— el

multiculturalismo y reivindicó el derecho de cada una de las comunidades étnicas a su «idoneidad», por considerar la americanización una opresión, pero igualmente cierto es que en el año 2002 se puede comprobar que ese movimiento ha fracasado.

Es lo que revelan los estudios sociológicos más recientes. Citaré más en particular uno de los mejores, el libro de Michael Barone, *The New Americans, How the Melting Pot Can Work Again* [Los nuevos americanos, así es como el *melting pot* puede volver a funcionar]. Barone traza interesantes paralelismos entre las oleadas de inmigrantes de la segunda mitad del siglo XIX o del primer tercio del XX -irlandés, italiano y judío esencialmente- y las llegadas después de la segunda guerra mundial: negros, latinos y asiáticos. Extrañará encontrar en esta lista a los afroamericanos, cuyos antepasados se encuentran en los Estados Unidos desde hace dos siglos y más contra su voluntad, pero lo que Barone describe es la inmensa emigración de los negros del sur hacia el norte, en el propio país, a partir de 1945, probablemente uno de los mayores desplazamientos internos y voluntarios de poblaciones de todos los tiempos.

De 1945 a 1960, la mitad al menos de los negros del «sur profundo» y en particular casi todos los más jóvenes se fueron a vivir a los Estados del norte y del este. Por ejemplo, la población negra de Chicago pasó de 287.000 habitantes en 1940 a 813.000 en 1960; la de Nueva York, durante esos mismos veinte años, de 458.000 a 1.088.000. Así, pues, el extrañamiento y los problemas de integración de esa población fueron del todo comparables a los de inmigrantes procedentes del exterior del país, dados la distancia y el abismo cultural que separaban al sur del norte. Barone muestra de forma convincente que los problemas y los modos de inserción de esos negros se parecieron mucho a los de los irlandeses entre 1850 y 1914. Si se objeta que en el norte los negros fueron víctimas -menos que en el sur, pero, de todos modos, aún demasiado durante mucho tiempo- de una discriminación racial, responde que los irlandeses también sufrieron discriminación al principio. De modo que la integración de los negros en el norte reprodujo en muchos sentidos, según el autor, lo que había sido la de los irlandeses. Esos paralelismos entre el caso de los judíos en el pasado y el de los asiáticos hoy, entre los italianos del siglo XX y los latinos en el XXI no dejan de apuntalar sólidamente para el lector la tesis central de la continuación o la revitalización del *melting pot*, en detrimento del multiculturalismo comunitario, sean cuales fueren a ese respecto los prejuicios de europeos mal informados que consideran el comunitarismo el «modelo americano» por excelencia.

Una de las últimas batallas de la minoría «liberal» - (nosotros diríamos progresista) americana en pro de las «identidades separadas» y del comunitarismo multicultural fue reñida - y perdida- a propósito del derecho a la enseñanza en la lengua española para los hijos de los latinos en California. Se trataba en teoría de impartir una enseñanza bilingüe en la que el inglés debía codearse con el español, pero, con la experiencia, los padres se dieron cuenta de que sus hijos, al utilizar el español a la vez en casa y en la escuela, si bien adquirían en clase un inglés rudimentario, suficiente para la vida corriente y los oficios no especializados, no lo dominaban, en cambio, lo suficiente para después hacer estudios más prolongados y lograr empleos especializados o incluso ingresar en la universidad y acceder a las profesiones intelectuales. Resultaba tanto más nefasto para ellos cuanto que su español -el de las familias, las mayorías necesariamente modestas y con frecuencia analfabetas, procedentes de México y de Centroamérica- era también rudimentario. Así, esos jóvenes perdían en los dos marcadores: el monolingüismo español los encerraba en el medio inmigrante y se los privaba de la posibilidad de superar - por no aprender en clase un buen inglés- su desventaja inicial. Eso es lo que no dejaron de indicar los hijos de inmigrantes que en épocas anteriores habían triunfado en sus estudios y en la vida, gracias a principios pedagógicos totalmente opuestos a los del multiculturalismo pseudo-«progresista».

Es lo que cuenta Norman Podhoretz en su libro de recuerdos *My Love Affair with America* [Mi historia de amor con América]. Podhoretz, nacido en 1930 y criado en Brooklyn en una familia judía pobre procedente de Galicia (provincia que siempre ha oscilado entre Polonia y Ucrania), no hablaba ni oía hablar en su casa y en su barrio otra lengua que el yiddish. En cuanto tuvo edad para ir a la escuela, aprendió, evidentemente, el inglés, entonces única lengua escolar en la enseñanza pública en América. Pero no lograba deshacerse de su acento yiddish. Así, pues, su maestra lo colocó en una *remedial-speech class*, una clase de «corrección de acento». El resultado fue, escribe, el «de erradicar toda huella de mi acento yiddish sin por ello substituirlo por el acento de Brooklyn». Iniciado así desde la infancia en el buen inglés, Podhoretz, una vez llegado a la adolescencia, pudo seguir estudios superiores en la propia América y, más adelante, tras obtener al comienzo del decenio de 1950 una beca, continuarlos en Cambridge, en Inglaterra, donde concluyó su recorrido universitario. Una primera figura del infame cine hollywoodiano -Kirk Douglas, en quien algunos serviles americanófilos creyeron ver talento, llamado Issur Danielovitch Demsky, hijo de inmigrantes judíos polacos- protestó también ruidosamente contra la entronización del español como primera lengua en las escuelas elementales californianas. «En nuestra casa –explica-, hablábamos yiddish. Nuestros vecinitos de rellano hablaban italiano con sus padres, pero en la escuela todos nosotros, los niños, aprendíamos el inglés. Si no hubiera sido así, nunca habría podido ser el actor que, gracias a mi inglés correcto, pude llegar a ser.»

Por lo demás, el bilingüismo escolar fue rechazado al final en California por referéndum. Con motivo de la celebración de dicho referéndum, el 90 por ciento de los padres hispánicos, chinos, coreanos o de otras procedencias ni siquiera se molestaron en procurarse los formularios destinados a aprobar el bilingüismo... Es decir que se consideraban mejor informados que las minorías «liberales» sobre el tipo de enseñanza que convenía a sus hijos para facilitarles un futuro conveniente. No cuesta nada imaginarse los gritos de indignación que habría provocado la propuesta de crear clases especiales «correctoras de acento» para los jóvenes magrebíes y africanos, en vista de que la *remedial-speech class* de la que habla Podhoretz no mejoraba sólo el acento de sus alumnos, sino también su conocimiento y su manejo de la lengua en cuanto tal, escrita y hablada. Ni que decir tiene que el verdadero bilingüismo es una ventaja y no una maldición, pero gran número de jóvenes magrebíes que llegan al final de su adolescencia «con fracaso escolar» (por emplear el eufemismo que disfraza de catástrofe natural, sin causa humana, lo que procede de la tiranía de concepciones pedagógicas estúpidas) no saben, en realidad, mejor el árabe que el francés.

De modo que quedan fuera de cualquier cultura y, lejos de hablar dos lenguas, no hablan ninguna correctamente ni participan en ninguna de las dos civilizaciones cuya clave son dichas lenguas. Si no se les hubiera enseñado el buen inglés en la escuela, habrían seguido siendo, como muchos de nuestros magrebíes, analfabetos funcionales, al margen de cualquier civilización, moderna o antigua, oriental, europea o americana. Lejos de proteger una identidad contra otra, en los inmigrantes cierto multiculturalismo suprime las dos. En cambio, ha dado un impulso reciente y potente a un comunitarismo destructor, un multiculturalismo del rechazo, que durante mucho tiempo había sido algo desconocido en Francia. Durante el último tercio del siglo XX, los políticos y los medios de comunicación franceses empezaron a referirse corrientemente a unas «comunidades» judía, musulmana o protestante, mientras que antes sólo había habido ciudadanos o residentes franceses de *confesión* o tradición judía, musulmana o protestante.

Pero ese culto oficial rendido por la República a la «excepción cultural» y litúrgica musulmana en nada ha servido a la integración. Al contrario, ha alimentado el «odio» (por recoger el título de la película de Mathieu Kassovitz), un odio sin límites, sentido por hijos de

inmigrantes musulmanes para con los demás franceses, a los que no quieren llamar compatriotas. Ese comunitarismo del odio es en gran medida la consecuencia de la ideología escolar que, con el pretexto de la veneración identitaria y del igualitarismo pedagógico, ha denegado a los magrebíes el acceso a la cultura francesa sin por ello impedirles perder la suya, salvo cuando se trata de aclamar a Osama ben Laden o a Sadam Husein. Y la consecuencia de ese propio comunitarismo es el desprecio absoluto de las leyes de la República que profesan y aplican tantos magrebíes. Para ellos, el Estado de derecho no existe y su voluntad de permanecer ajenos a él se manifiesta en particular en un comportamiento extraño, que he analizado con frecuencia y que podríamos llamar el mecanismo de la inversión de las responsabilidades en materia de delincuencia y criminalidad. ¿En qué consiste? Por lo demás, la de «acoger» no es una palabra vana en América. El periodista británico Jonathan Freedland cita este pasaje del discurso de un funcionario de Inmigración y Naturalizaciones en el momento en que entrega sus papeles de ciudadanos americanos a 68 inmigrantes: «Ésta es una magnífica oportunidad para los Estados Unidos –dice-. Personas como ustedes son las que han contribuido y contribuyen a hacer de este país el más próspero de la historia de la Humanidad. Hemos recibido extraordinarias aportaciones culturales y maravillosos beneficios intelectuales de personas como ustedes... América es *ustedes*». Y, en efecto, de 1840 a 1924 llegaron a los Estados Unidos 35 millones de inmigrantes, es decir, el equivalente de la totalidad de la población francesa en 1850 o de la población de Italia en 1910. Lejos de disminuir, esa oleada ha aumentado más bien en nuestros días, ya que el censo de 2001 ascendía a 281 millones de ciudadanos y residentes, es decir, respecto del censo de 1991, un aumento de 30 millones, debido en su mayoría a la inmigración, es decir, el doble de lo que se había calculado en las proyecciones. Así, pues, sostener que el *melting pot* ya no funciona en los Estados Unidos es algo propio de un exorcismo ideológico, destinado a satisfacer en el creyente europeo una necesidad subjetiva. No es fruto de una información seria.

Si puedo permitirme introducir una observación suplementaria, tímidamente y entre paréntesis, es como para pensar que esas decenas de millones de extranjeros que desde hace un siglo y medio se han instalado en los Estados Unidos, procedentes de múltiples puntos del globo y, en particular, los 35 millones, la mayoría europeos, que se trasladaron allí de 1850 a 1924, eran todos unos completos imbéciles. En efecto, ¿qué espejismo los engañaba para que se obstinaran, generación tras generación, en abandonar los países de jauja, paz y libertad en los que habían nacido para ir a perderse en la jungla americana, donde, de creer lo que se imprime aún ahora todos los días en la prensa europea, sólo les esperaban la pobreza, las discriminaciones raciales, desigualdades cada vez mayores entre los ricos y los «desfavorecidos», la inhumana sumisión al beneficio capitalista, la ausencia total de protección social, las violaciones permanentes de los derechos humanos, la dictadura del dinero y el desierto cultural? ¿Cómo es que aquellos europeos que se habían extraviado por inconsciencia en el infierno americano no escribían a sus familias y amigos, que nadaban aún en la felicidad de los paraísos ucraniano, calabrés o griego, para que sobre todo no acudieran a reunirse con ellos? ¿Y cómo es que, cincuenta o cien años después, hay vietnamitas, coreanos, chinos, mexicanos, salvadoreños o incluso rusos tan ciegos para caer, a su vez, en la misma trampa? Sin embargo, los descendientes de las antiguas generaciones de inmigrantes debieron de explicarles sin falta que sus antepasados no habían encontrado en los Estados Unidos otra cosa que pobreza, precariedad y operación, ¿no? Podemos entender que el «sueño americano» engañara a los primeros que llegaron, pero, si ese sueño es una simple mentira, no se puede entender, en cambio, que el amargo descubrimiento de los pioneros no disuadiera más a sus sucesores para que no siguiesen el mismo camino que ellos. La Historia menciona otros sueños cuyo carácter misticador resultó en seguida evidente y que en poco tiempo provocaron más candidaturas a la marcha que a la integración. Por eso, si el *melting pot* americano es un fracaso semejante, extraña no ver multitudes enteras huir de los Estados Unidos para establecerse en Albania, en Eslovaquia o en Nicaragua.

En Francia, al contrario, si, según nosotros, los inmigrantes magrebíes y africanos se han integrado, al parecer, mucho mejor que en los Estados Unidos, es porque hemos renunciado a enseñarles el francés; además, porque nuestro Alto Consejo de la Integración se negó a instituir el equivalente del juramento de los naturalizados americanos y así, al revés que en los Estados Unidos, no somos lo bastante antidemocráticos para pedir a los nuevos ciudadanos franceses que se comprometan a respetar las leyes de la República. Ciertamente que no es aplicable a todos los inmigrantes, por fortuna. En toda nuestra sociedad encontramos ciudadanos franceses de origen magrebí o africano cuya integración moral, política y profesional ha sido totalmente lograda: obreros, empleados, comerciantes, profesores, médicos, abogados, funcionarios, agentes de los servicios públicos. ¿Por qué? Los sociólogos políticamente correctos -es decir: conformistas de seudoizquierda- nos aseguran que esa comunidad delincuente, que ha transformado tantas ciudades en «zonas sin ley», constituye una pequeña minoría simplemente. Si es así, ¿cómo es que las fuerzas del orden no consiguen impedirle causar daños? Carencia o indulgencia, la inacción del Estado equivale a oficializar en cierto modo la ilegalidad, del mismo modo que se oficializó previamente la falta de trabajo y disciplina en la escuela. Así ha podido constituirse, legitimarse incluso, la «comunidad» delincuente, tanto más peligrosa cuanto que, al tiempo que afirma ser víctima de una discriminación, es, a su vez, xenófoba y racista.

En la realidad, el éxito y la originalidad de la integración a la americana se debe precisamente a que descendientes de inmigrantes puedan perpetuar sus culturas ancestrales sin por ello dejar de sentirse plenamente ciudadanos americanos. Cada una de las comunidades culturales puede financiar escuelas privadas, en las que sus hijos, los días en que no hay escuela, pueden ir a iniciarse en el griego o en el iraní. En los Estados Unidos se escuchan por doquier radios privadas en coreano, en español y en una multitud de otras lenguas, sin que esos instrumentos de «diversidad cultural» tengan el menor significado conflictivo por parte de las comunidades de que se trate en sus relaciones con la civilización americana. Al contrario: son su fuente y su suma. Ese equilibrio armonioso entre tradiciones y ciudadanía es el que no conseguimos encontrar en Francia. En cambio, en los Estados Unidos la lengua inglesa ha desempeñado desde el principio un papel unificador enteramente aceptado e incluso mayor de lo que lo era en el propio Reino Unido. «A causa de los frecuentes desplazamientos de un extremo al otro del país, se puede observar una uniformidad mayor de la lengua en los Estados Unidos que en Inglaterra», escribía ya en 1816 John Pickering. Tras citar esa observación, Daniel Boorstin, en su *Historia de los americanos* comenta que el inglés hablado en los Estados Unidos, al contrario que el de las islas Británicas, pasa rápidamente a ser el mismo en todas las regiones, en todas las clases sociales, en todos los grupos socioculturales: italiano, polaco, alemán, judío, mexicano, chino, etcétera.

La compatibilidad entre lo general y lo particular, entre la pertenencia plena al cuerpo de los ciudadanos de un país y la perpetuación de prácticas religiosas, costumbres folclóricas, usos vestimentarios o patrimonio culinario caracteriza la edificación y la evolución de casi todas las grandes civilizaciones... y no solo de los Estados Unidos. Las «asociaciones» francesas izquierdistas y políticamente correctas, las autoridades del propio Estado, profesan en esa esfera un razonamiento intrínsecamente contradictorio: por una parte, denuncian el comunitarismo supuestamente «a la americana» y, por otra, reivindican para ciertas poblaciones inmigrantes el «derecho a la diferencia», incluidos el analfabetismo y la poligamia, es decir, la imposibilidad de la integración. Durante los siglos XIX y XX no cesaron de llegar al territorio de la Francia metropolitana poblaciones italiana, armenia, griega, polaca, húngara, española, portuguesa, judíos de la Europa central u oriental. Esas poblaciones, constituidas por inmigrantes económicos o refugiados políticos que huían de la pobreza o las persecuciones, o ambas cosas, eran a veces de tal amplitud, que trastornaban la composición demográfica de una región o una ciudad. Así, la nueva ideología francesa ha creado desde 1970 un comunitarismo que llama «a la americana», hasta entonces

desconocido en Francia, para disculparse mejor de haberlo provocado y para fingir olvidar que hoy se trata, por desgracia, enteramente de un comunitarismo «a la francesa». Se trata de un nuevo ejemplo de esa permuta de la responsabilidad que es una de las funciones del antiamericanismo y que consiste en proyectar en los Estados Unidos las taras de la sociedad propia. Añado que la sociedad americana es descrita por los europeos-contradicción suplementaria, que se remonta, por lo demás, al siglo XIX- ora como una yuxtaposición de individuos aislados, sin arraigo en una historia y una cultura comunes a todos ora como una muchedumbre gregaria, uniformizada por el conformismo, en la que el individuo no puede ni reaccionar ni pensar por sí mismo.

6. La extinción cultural

La *diversidad* cultural ha substituido a la excepción cultural, según la retórica europea, de inspiración francesa. Pero los dos términos abarcan en la práctica el mismo comportamiento: a saber, el proteccionismo cultural o la voluntad de establecerlo.

La idea de que una cultura preserva su originalidad atrincherándose contra las influencias extranjeras es una antigua ilusión falsa que siempre ha dado un resultado contrario al que se buscaba. No se puede ser diferente a solas. La libre circulación de las obras y los talentos es lo que permite a cada cultura perpetuarse al tiempo que se renueva. El aislamiento sólo engendra esterilidad. La demostración se remonta al antiguo paralelismo entre Esparta y Atenas. Esta última, ciudad abierta, fue el lugar prolífico de la creación en las letras y las artes, en la filosofía y las matemáticas, la ciencia política y la historia. Esparta, al defender celosamente su «excepción», realizó la hazaña de ser la única ciudad griega que no produjo un solo poeta, orador, pensador ni arquitecto. No dejó de conseguir su diversidad, pero fue la de la nada. Volvemos a ver esa extinción cultural en los regímenes totalitarios modernos. El miedo a la contaminación ideológica movió a los nazis, soviéticos y maoístas a parapetarse en un arte ramplón y en una literatura pomposa, auténticas injurias al pasado de los tres pueblos a los que fueron infligidas. El único fruto de esa actitud castradora habría sido el de agotar el venero de una renovación de la pintura francesa. Asimismo, entre 1880 y 1914, ¿había muchos más cuadros impresionistas franceses en los museos y las casas de los coleccionistas americanos que en los museos y las casas de los coleccionistas franceses! Pese -o gracias- a ello, el arte americano encontró más adelante su originalidad y pudo influir, a su vez, en el nuestro.

No se puede decir que entre 1870 y 1945 las relaciones diplomático-estratégicas entre Francia y Alemania fueran idílicas. Sin embargo, durante aquellos años los filósofos y los historiadores alemanes hicieron más escuela que nunca en Francia. ¿Y acaso no estaba Nietzsche impregnado de los moralistas franceses? Se podría alargar la lista de los ejemplos que ilustran esa verdad: la diversidad cultural nace de la multiplicidad de los intercambios. Es cierto incluso en el caso de la gastronomía: sólo los alucinados fóbicos de los McDonald's desconocen ese fenómeno, fácilmente verificable, de que nunca ha habido tantos restaurantes de cocinas extranjeras en casi todos los países como en nuestros días. La mundialización no uniformiza, sino que diversifica. La reclusión agota la inspiración. En la práctica, excepción o diversidad culturales son en Europa y sobre todo en Francia nombres de códigos que designan las ayudas y las cuotas. Repetir machaconamente que «los bienes culturales no son simples mercancías» es revolcarse en la trivialidad. ¿Quién ha afirmado nunca que lo fueran? Pero tampoco son simples productos de la financiación del Estado o, si no, la pintura soviética habría sido la más hermosa del mundo. Los abogados del proteccionismo y del subvencionismo se contradicen. Arman todo ese jaleo, según dicen, contra el dinero y, al mismo tiempo, sostienen que la creación está condicionada por el dinero, a condición de que se trate de dinero público. Ahora bien, aunque el talento necesita ayuda a veces, la ayuda no hace el talento.

Así, escribe, «el cine americano, que representa la mitad de las entradas a salas, aproximadamente, contribuye a la mitad de la financiación de los fondos de ayuda». ¡Admirable deslizamiento de sentido! Pues del texto se desprende claramente que no es el *cine americano* el que contribuye al fondo de ayuda, sino más bien el *espectador francés* que va a ver las películas americanas. De forma más general, la oposición entre el Estado y el mercado en el arte, entre dinero público y dinero del público, es engañosa. El único dinero «público» que existe es el que el Estado deduce de lo pagado por el público, por uno u otro medio, directa o indirectamente. Pero siempre es el público el que paga. La única cuestión es saber cuál es la parte de su contribución que procede de su libre elección y cuál es la que emana de una deducción autoritaria, cuyo producto es utilizado después de forma discrecional por una minoría de dirigentes políticos y administrativos o de comisiones cuyos miembros son nombrados y no elegidos democráticamente. Una cultura entra en decadencia cuando, al no consistir ya sino en alabanzas que se dirige a sí misma, se exalta denigrando a las otras culturas. Así, los profesionales franceses del sector audiovisual repiten todo el santo día y acaban incluso creyendo y haciendo creer al público que los telefilmes americanos, por obedecer al interés exclusivo por «hacer dinero», caen en la facilidad comercial y rehúyen todos los asuntos relativos a problemas sociales o políticos controvertidos. El telespectador francés, víctima de sus fantasmas inducidos, queda asimilado a un bobo. A la inversa, en los Estados Unidos –añade–, la televisión ha substituido a la crítica social que hacía el cine en los decenios de 1930 a 1950». La producción francesa habitual mantiene al público tanto más cautivo cuanto que tan sólo el 15 por ciento de los franceses tienen cable o satélite, frente al 80 por ciento de los americanos.

Para llevar el agua a ese molino, he de recordar de nuevo el telefilme en varios episodios rodado y difundido en los Estados Unidos sobre el caso *Watergate*, en caliente, muy poco después de aquel caso y de la dimisión de Richard Nixon, a mediados del decenio de 1970. En él se veía a un actor que era casi un sosias del Presidente interpretar el papel de Nixon. Todos los demás personajes correspondían también a individuos reales y perfectamente identificables. Y no es el único escándalo nacional que haya proporcionado en América la trama de guiones destinados a la pantalla pequeña o a la grande, que se ciñen lo más posible a los acontecimientos y a las figuras históricas. En cambio, sigo esperando un telefilme francés sobre el tráfico de influencias habido con ocasión de la recompra de Triangle por Pechiney, y sobre sus propios autores, situados, al parecer, en el más alto nivel del Estado francés. O también sobre el escándalo del Crédit Lyonnais o el de Elf. Catherine Tasca, ministra francesa de Cultura, rumiando los restos del marxismo más enmohecido, confiaba al *Figaro Magazine* (9 de febrero 2002) lo siguiente: «Las leyes del mercado son los pabellones del poder americano». ¡No, señor! No son sus pabellones: son su explicación. En la esfera de la cultura como en las demás, la polémica de la mundialización, que surgió y se enconó durante el último decenio del siglo XX, trasluce, en realidad, lo que quisiera ser una resistencia a la americanización. Y, en esa esfera cultural como en las demás, debemos distinguir lo que, en nuestra concepción de la americanización en cuanto amenaza o enfermedad, es imaginario o fantasmático y lo que está justificado. Y también debemos preguntarnos si no habrá en la cultura americana realizaciones positivas mediante las cuales no sea totalmente malo que las otras culturas resulten influidas, o incluso si aportarán algunas soluciones originales de las que las civilizaciones europeas, asiáticas o africanas se beneficiarían, si se inspiraran en ellas, sin por ello copiarlas, sino transponiéndolas. El miedo a ver las «identidades» culturales ahogadas como en una uniformización planetaria, que hoy sería de coloración predominantemente americana, pero que en el pasado tuvo otras, no se basa ni en una experiencia histórica documentada ni en una buena observación del mundo contemporáneo.

Quien se pasee por Estocolmo actualmente no tendrá la menor dificultad para encontrar hamburguesas y Coca-Cola, pero con la misma facilidad encontrará en abundancia kebab,

sushi, tex-mex, pato de Pekín, quesos franceses, sopa tailandesa.» Y el autor recuerda algo que se olvida con frecuencia: la cultura americana no es sólo las canciones de Madonna y las películas de Bruce Willis, es también el país en el que hay 1.700 orquestas sinfónicas, 7,5 millones de entradas por año en la ópera y 500 millones de entradas a los museos... con bastante frecuencia gratuitas. Además, casi todos los museos americanos deben su existencia y sus créditos de funcionamiento –recordémoslo- a financiaciones privadas. Todo el poder de coerción de la Unión Soviética no logró nunca «imponer», en la medida en que lo habrían deseado las autoridades, la literatura oficial a los lectores, que preferían las obras clandestinas mimeografiadas y distribuidas bajo cuerda, los famosos *samizdat* (literalmente: autoedición). Cuando la policía atrapaba a los autores o a los difusores de dichos *samizdat*, los enviaba a la cárcel, a un campo de concentración o a un hospital psiquiátrico especial, con la acusación de «cosmopolitismo», otro nombre de la mundialización. En enero de 2002, cuando Yves Saint Laurent anunció de forma inesperada su decisión de retirarse, con lo que ponía fin de pronto a su actividad de gran modista, causó una emoción enorme en el mundo entero, precisamente porque el talento de Saint Laurent había irradiado en el mundo entero y no sólo el suyo, por lo demás, sino también el de numerosos predecesores que desde hace más de un siglo instauraron y perpetuaron la preponderancia internacional de la alta costura francesa (lo que no quita el menor mérito a las demás escuelas, en particular la italiana). Los Gobiernos y las minorías selectas, inspirándose en lo que Giancarlo Pajetta, importante dirigente comunista italiano, dijo en cierta ocasión: «Por fin he comprendido lo que es el pluralismo: cuando varias personas comparten mi opinión», están casi por doquier a favor de la mundialización cultural con la condición de que el inspirador y el modelo sea su país.

Por lo demás, la uniformización cultural del mundo, en la que hoy se ve la mayoría de las veces su americanización, es americana, en la medida en que existe, tan sólo en lo relativo a una parte de la cultura y no la más profunda ni la más duradera. Transmite sobre todo la llamada cultura de masas, la diversión, ciertos espectáculos, ciertos usos vestimentarios o alimentarios caros a los jóvenes, ciertas músicas populares, pero no todos, ni mucho menos. Se trata de un empleo de la palabra cultura en sentido amplio -podríamos decir incluso relajado-, que ha prevalecido porque las profesiones del espectáculo son las que, por razones económicas, dirigen el coro de las lamentaciones contra el poder de los productores americanos. Mal que pese a la gente del cine, la cultura es también un poco la literatura, la ciencia, la arquitectura, la pintura. Ahora bien, observemos los hechos: el momento en el que la novela americana influyó más en la novela europea se sitúa entre las dos guerras mundiales, en una época en que los Estados Unidos no eran aún la primera potencia planetaria. En aquella época se atribuía ese papel más bien a Gran Bretaña. Después de la segunda guerra mundial, cuando los Estados Unidos pasaron a ser políticamente dominantes, fue la literatura latinoamericana la que obtuvo en Europa un éxito a la vez de crítica y de público muy superior al de la literatura norteamericana de entonces, aunque ésta contara con tantos talentos de primer orden durante aquel período como en el anterior.

«Hace cincuenta años apenas -escribió Mario Vargas Llosa en octubre de 2000-, nosotros, los hispanófonos, éramos una comunidad encerrada en sí misma, que se exponía muy poco fuera de sus fronteras lingüísticas. En cambio, hoy la lengua española demuestra una vitalidad cada vez mayor y va consiguiendo cabezas de puente y posiciones a veces fuertes en los cinco continentes. El hecho de que los Estados Unidos cuenten hoy con de veinte a treinta millones de hispanófonos explica que los dos candidatos actuales a la presidencia americana, el gobernador Bush y el Vicepresidente Al Gore, utilicen también el español en sus discursos electorales». Ese ejemplo muestra que la mundialización hace avanzar la diversidad cultural, incluidos los Estados Unidos. Podría seguir por mucho tiempo. Da vergüenza tener que enumerar esas trivialidades de manual, pero no queda más remedio, para intentar contrarrestar los estúpidos e hipócritas gritos de alarma sobre los peligros que supuestamente amenazan en nuestros días a la diversidad cultural, cuando ésta nunca

había sido tan grande, ya que la mundialización en marcha desde 1945 ha permitido precisamente una circulación cada vez mayor de las obras intelectuales en todo el planeta y el cruce de un número cada vez mayor de formas estéticas.

¿Se me puede decir cuántos autores franceses había traducidos al japonés en el siglo XIX y a la inversa? Hoy lo están casi todos. Tampoco veo que los arquitectos italianos, escandinavos, sudamericanos, franceses, suizos o de otra nacionalidad reciban menos encargos que sus cofrades americanos. Todas esas nacionalidades y muchas otras han brindado -y siguen haciéndolo- nombres ilustres al arte arquitectónico. Al contrario de lo que dijo Jacques Chirac, la mundialización no es la «laminadora de las culturas». Es y ha sido siempre su principal fecundadora. Piénsese, por ejemplo, en el factor de renovación que fue el descubrimiento -o, más bien, un conocimiento más amplio- de la pintura japonesa, al final del siglo XIX, para la creación artística francesa, o la llegada a Francia del arte africano, diez o veinte años después. Pululan casos semejantes. A menos de estar descerebrado por los chillones de Seattle o de Porto Alegre, no se puede borrar la lección multimilenaria de la historia de las civilizaciones: la compartimentación es lo que lamina y esteriliza las culturas, mientras que la compenetración las enriquece e inspira. La ciencia merece un capítulo aparte. La investigación depende mucho más de los medios financieros puestos a su disposición que otras actividades intelectuales. Eso explica en parte la reciente preponderancia americana, pero sólo en parte. Se debe también al funcionamiento de las universidades americanas, que combinan mucho más íntimamente que sus hermanas europeas, exceptuadas las universidades británicas y alemanas, la enseñanza y la investigación. Ésa es una de las razones por las que las universidades americanas atraen a tantos profesores y estudiantes extranjeros.

Pese a sus deficiencias, en decenios recientes algunos premios Nobel han correspondido a investigadores franceses, así como a otros investigadores de países distintos de los Estados Unidos, aunque éstos han obtenido el mayor número de ellos. Pero no por ello deja de persistir la diversidad geográfica de la investigación, aunque el concepto de diversidad en la ciencia no tiene demasiada importancia, ya que el conocimiento científico -a diferencia de la escultura o la música- no puede ser diferente en Tokio, Roma o Bombay de lo que es en Massachusetts o California. De ello se sigue aún más que la mundialización del conocimiento científico es también necesaria para su progreso y el de todas las civilizaciones. Si Descartes no hubiera rechazado la física de Galileo por dogmatismo filosófico, tal vez habría sido un francés quien hubiese hecho el descubrimiento que más adelante haría Newton en una Inglaterra en la que el pensamiento científico estaba mucho más exento de prejuicios metafísicos que en Francia. Y, si el Islam no hubiera rechazado la ciencia moderna, los países islámicos tal vez no sufriesen de esa «excepción cultural» más bien negativa que es la suya desde hace tres siglos. Pues la consolidación y la erradicación de una cultura descansan sobre un fundamento esencial: la amplitud y la calidad de la enseñanza en el país o en la zona geográfica de su implantación y su adaptación a las evoluciones del conocimiento.

¿Por qué están las universidades americanas y no las nuestras atestadas de estudiantes, profesores e investigadores procedentes de todos los países del mundo? Jean-Claude Casanova expone con precisión inexorable las causas de la paralización de la enseñanza francesa, en comparación con la de los Estados Unidos. Una primera categoría de causas se debe a la simple insuficiencia de medios. Así, el capital de la Universidad de Harvard, es decir, *de una sola* universidad americana, que no es la mayor, es -recuerda Casanova- veinte mil millones de dólares: es decir, más del doble del gasto anual de Francia en *todo su* sistema universitario. Una segunda categoría de causas de nuestra debilidad se debe a una concepción errónea que desde el comienzo del siglo XIX ha hecho prevalecer la centralización administrativa. Durante mucho tiempo se habló de la Universidad francesa y

no de las universidades francesas. Ya al fin del siglo XIX, en *Les origines de la France contemporaine* [Los orígenes de la Francia contemporánea], Hyppolyte Taine había descrito de forma convincente, sin que sirviera de nada, naturalmente, el artritismo cultural engendrado por ese autoritarismo educativo. A esa ausencia de autonomía de las universidades, que, sin embargo, habían prosperado en la Edad Media, se sumó la falta consistente en separar la enseñanza de la investigación. Hace cincuenta años que grandes investigadores franceses, sobre todo los que tienen experiencia con universidades alemanas, inglesas o americanas, denuncian periódicamente sus nefastas consecuencias. Por último, tercer aspecto de nuestra inferioridad, según Casanova, «la universidad francesa organiza con considerable retraso la formación de masas, al contrario que las universidades americanas, que se aplicaron a ella, las primeras del mundo, a partir de mediados del siglo XX».

La verdadera cultura trasciende siempre las fronteras nacionales. Sin embargo, resulta extraño que, entre las contradicciones del antiamericanismo, se encuentre la condena del internacionalismo cultural, *incluso en los casos en que es la cultura americana la que se inspira en la cultura europea, asiática o de otro continente*. E incluso cuando esa influencia se ejerce sobre la cultura de masas. Así, pues, desde nuestro punto de vista, deberíamos alegrarnos de que, gracias a la producción americana, la literatura popular francesa se encuentre transpuesta en las pantallas mundiales. Así, el odio a los americanos llega a veces hasta el punto en que se transforma en odio a nosotros mismos. Es lo que ocurrió con motivo de la instalación de un Disneylandia cerca de París, en 1992. Aquel acontecimiento fue denunciado por nuestros intelectuales como un «Chernóbil cultural». Ahora bien, nótese, sin que sea necesario dar pruebas de una erudición excepcional, que gran parte de los temas inspiradores de Walt Disney, en particular en sus largometrajes, proceden de fuentes europeas. *Blanca Nieves y los siete enanitos*, *La bella durmiente del bosque*, el *Pinocho* de Carlo Collodi, las partituras musicales de *Fantasia* o la reconstrucción del barco de los piratas de *La isla del tesoro* de R.L. Stevenson representan préstamos -y homenajes- de América al genio europeo, como también rinde homenajes a otras obras maestras tradicionales pertenecientes a otras cultura: por ejemplo, *Las mil y una noches*. ¿Acaso no es un ejemplo del avance y del cruce imprevisibles de las culturas que esos cuentos populares, fruto, a lo largo de los siglos, de la imaginación de tantos pueblos diversos y durante mucho tiempo transmitidos de generación en generación por vía oral y después fijados en forma escrita por los diversos autores que los recopilaban, se materialicen por fin en la pantalla gracias a la invención del cine y al talento de un artista californiano?

Éstos objetarán, seguro, que la explotación de esas leyendas occidentales u orientales por la industria americana del espectáculo ha de traicionar por fuerza su originalidad, deformarla, mercantilizarla. Hollywood, como todo el mundo sabe o debería saber, nunca ha sido otra cosa que la capital del mal gusto, la vulgaridad, la trivialidad. La producción americana de espectáculos destruye la cultura de los demás, en lugar de valorizarla. En ese punto hemos abandonado la esfera racional para encerrarnos en la del delirio contradictorio. Y tanto más contradictorio cuanto que esa diatriba trivial va acompañada a menudo, en los países en que resuena cotidianamente, de una propensión suicida a destruir su propio patrimonio cultural. A partir de esta breve ojeada, podemos concluir que el vandalismo autodestructivo del patrimonio cultural francés es más temible y ha causado ya muchos más estragos que la supuesta mundialización «laminadora». Y, desde luego, Francia no es el único país en el que se da esa furia, de origen ideológico muy general o falsamente innovador. La obsesión por ver borrada la diversidad de culturas en pro de la cultura americana exclusivamente resulta reforzada por otra causa, muy real ésta: la difusión internacional de la lengua inglesa. Es la lengua materna de unos trescientos ochenta millones de seres humanos. Si bien esa internacionalización del inglés es resultado, en gran medida, de la superpotencia de los Estados Unidos —no sólo política y estratégica, sino

también económica, científica y tecnológica—, ¿quiere eso decir que entraña una americanización cultural del planeta? En modo alguno.

Observemos, en primer lugar, que dominar un inglés elemental, para las necesidades de la vida corriente, de los intercambios comerciales, de las negociaciones financieras o incluso políticas y diplomáticas no supone que se tenga un conocimiento profundo ni superficial siquiera de la *cultura* y del *pensamiento* angloamericanos y que se abandonen los propios a favor de ellos. El empleo utilitario del inglés por centenares de millones de nuestros contemporáneos es totalmente compatible con una ignorancia abismal de los grandes escritores y pensadores, como también de los acontecimientos históricos, políticos, religiosos, que han dado forma a las civilizaciones británica y americana. Además, la mundialización es factor de diversificación también en el aprendizaje de las lenguas distintas del inglés. Como dice también Vargas Llosa, en el texto antes citado: « ¿Cuántos millones de jóvenes de los dos sexos, han decidido, en todo el mundo, gracias a la mundialización, aprender japonés, alemán, chino mandarín, cantonés, árabe, ruso, francés? Seguro que se trata de una cifra elevada y de una evolución propia de nuestra época, que, por fortuna, no dejará de intensificarse en los años venideros». En efecto, no lo olvidemos: la mundialización es también la facilitación de los viajes. Los destinos más lejanos, antes accesibles sólo a los ricos, están ahora al alcance de una innumerable muchedumbre cosmopolita, mediante sumas relativamente modestas. Ésa es otra fuente de diversidad, no de uniformidad. Se puede objetar con razón -cierto es- que la omnipresencia del inglés altera con frecuencia las otras lenguas, no tanto por los préstamos que de él toman -fenómeno lingüístico normal y universal- cuanto por las deformaciones en los giros y el vocabulario que les imprime. Lo que es cierto, en cambio, es que el empobrecimiento y el mal funcionamiento de una lengua la debilitan y la vuelven, por tanto, cada vez más permeable a la invasión de términos y giros bastardos calcados de otra lengua: en nuestros días, de un mal inglés, en la mayoría de los casos.

Cierto es que todas las lenguas evolucionan, conviene recordarlo. Pero tampoco conviene olvidar que toda evolución sigue necesariamente una orientación apropiada o no, la del progreso o de la decadencia. Ahora bien, también en la esfera de las lenguas la mundialización resulta ser un venero de diversidad y no de uniformidad. Por una parte, la difusión del inglés facilita -¡claro que sí!- la comunicación entre las culturas y su fecundación recíproca. No es indiferente que, gracias a esa *lingua franca*, japoneses, alemanes, filipinos, italianos, rusos, franceses, brasileños, etcétera, puedan participar en un mismo coloquio e intercambiar en él ideas e informaciones. Por otra parte, mucha más gente que en el pasado habla o comprende, además de su lengua materna, una o dos lenguas extranjeras, distintas del inglés. Lo que constituye el auténtico peligro de muerte para la cultura europea es el rechazo, por fobia antiamericana y antimundialista, del progreso. Si los grupos de presión que intentan influir en ese sentido se salieran con la suya, «los Estados de Europa -escribe Allègre-, retrocederían, en veinte años, al nivel de los países subdesarrollados, en un mundo que estaría dominado entonces por el dúo Estados Unidos-China». Los fanáticos del antiamericanismo habrían logrado, así, volver a Europa aún más dependiente de los Estados Unidos que en la actualidad.

7. «Simplismo» de los dirigentes europeos en política internacional

Como se recordará, en 1983, cuando Ronald Reagan llamó a la Unión Soviética el «imperio del mal», se granjeó en Europa y sobre todo en Francia la habitual andanada de risas burlonas, paternalistas y reprobadoras. Diecinueve años después, en enero de 2002, tras el tradicional discurso anual del Presidente de los Estados Unidos George W. Bush sobre el estado de la Unión ante el Congreso, un mismo concierto de imprecaciones acogió en Europa la expresión «eje del vial». George W. Bush designaba así a los países sospechosos

de ayudar al terrorismo internacional o que lo han hecho notoriamente y que, por otra parte, acumulan clandestinamente armas de destrucción en gran escala. Además, el discurso sobre el estado de la Unión es, como su nombre indica, un informe sobre el año transcurrido que el Presidente de los Estados Unidos presenta a sus compatriotas. En efecto, tomada al pie de la letra, esa palabra da a entender que tomamos a Francia por el sol de la Humanidad, el astro cuya función es la de iluminar y calentar el planeta entero, pero, por fortuna, podemos dudar que todo orador que caiga maquinalmente en ese tópico tenga conciencia plena de la impresión que causa a los extranjeros de nuestra vanidad nacional.

En cuanto al unilateralismo, para que no hubiera unilateralismo, es decir, política formulada por un solo bando, tendría que haber alguien en el otro bando capaz de proponer y llevar a cabo acciones estratégicas concretas, adaptadas a las nuevas amenazas, en lugar de limitarse a mascullar letanías reprobadoras. Si Europa tiene tendencia a negarse a ver una amenaza en ellos, tal vez sea porque su capacidad de intervención militar se ha degradado considerablemente desde hace diez años, mientras que la de los Estados Unidos no ha cesado de aumentar y perfeccionarse, con lo que ha abierto entre las dos Uniones un desfase estratégico ya imposible de colmar. De su impotencia Europa extrae un principio. El medio, para los países pobres, de reducir su distancia respecto de los países ricos es la modernización. Ahora bien, eso es precisamente lo que los extremistas islamistas no quieren, al menos no en la forma que sería eficaz, ya que para ponerla en práctica tendrían que apartarse de la sharia. A quienes les objetan que el cristianismo ha sabido adaptarse a la civilización moderna y que el Islam no puede perpetuar intacto su modelo del año 1000, ¡responden que no se pueden modificar las prescripciones dictadas por el propio Dios al Profeta! Los islamistas desearían modernizarse sin occidentalizarse. Pero no existen demasiados métodos, aparte de los seguidos por Occidente desde hace algunos siglos, para realizar la modernización económica, política y cultural. Así, pues, los islamistas se han encerrado en una contradicción insuperable, origen de su resentimiento contra Occidente, es decir, en vista del reparto actual del poder en el mundo, ante todo contra los Estados Unidos.

Además, sostener que la única forma de luchar contra el terrorismo es la de comenzar extirpando la pobreza y las desigualdades en el mundo no es sólo atribuir al terrorismo una causa que el examen de los hechos no corrobora, al menos en cuanto causa exclusiva, sino también y sobre todo eludir toda resistencia al terrorismo, en la práctica y de inmediato. Esa argucia escatológica, que subordina toda política de defensa al advenimiento previo de un universo perfecto, autoriza a esperar tranquilamente hasta el fin del mundo. En los europeos no es otra cosa que la máscara de su impotencia para formular *hic et nunc* una estrategia operativa y, en los americanos de extrema izquierda, un nuevo avatar de su vieja máxima: «*Blame America First*» [Culpar a América lo primero]. Mediante un sofisma idéntico los pacifistas y los neutralistas afirmaban, en la época de la guerra fría, que las democracias no tenían, supuestamente, derecho a contener o incluso a censurar los regímenes totalitarios hasta después de haber borrado todas las injusticias en su propio seno y en su esfera de influencia. En los dos casos, esa forma indirecta de justificar la inacción se deriva de la misma idea fija: el antiamericanismo. Como en los dos casos los Estados Unidos están a la cabeza de la coalición democrática, sus aliados deben desolidarizarse de esa propia coalición de la que, sin embargo, son miembros y a la que deben su seguridad y su libertad.

Los «aliados» europeos aprueban en conjunto, pero desapruueban en el detalle, las operaciones de represión o de prevención del terrorismo, por parte de los Estados Unidos. Cuando, en 1987, delante del Muro de Berlín, Ronald Reagan exclamó: «Señor Gorbachov, ¿qué espera para mandar derribar este muro?», el espanto y el desprecio brotaron en las cancillerías europeas, sobre todo en la propia Alemania occidental, exceptuado Helmut Kohl. Dos años después, el Muro de Berlín se desplomaba bajo los golpes de los pueblos

oprimidos por los soviéticos, mientras que algunos de los dirigentes, tan agudos, de la Europa occidental se desvivían para intentar mantener con vida la comunista RDA y evitar la reunificación alemana. Se trata sólo de uno o dos ejemplos. Un montón de otros más sugiere también que, si durante la guerra fría los Estados Unidos no hubieran dado pruebas de un mínimo de «unilateralismo» para con los eternos donantes de consejos europeos, el imperio soviético habría durado mucho más tiempo. Después del 11 de septiembre se ha glosado mucho el «choque de culturas». Pero, como dijo muy bien el Canciller Gerhard Schröder, en el mismo sentido que Francis Fukuyama, «no se trata de una batalla entre civilizaciones, sino por la civilización». Por la civilización democrática, laica, multiconfesional, en la que el derecho está separado radicalmente de la religión, en la que la mujer es jurídicamente igual al hombre y en la que la libertad de pensamiento permite la existencia de la ciencia.

Esa civilización es la que el islamismo integrista quiere destruir. ¿Qué política seguir para con China, que está volviéndose económicamente capitalista, al tiempo que intenta seguir siendo políticamente totalitaria? ¿Cómo enganchar el antiguo «Tercer Mundo» al desarrollo económico mundial y a la civilización de los derechos humanos? ¿Qué evolución prever en las relaciones entre la nueva «superpotencia» americana y sus aliados? En primer lugar, la superpotencia americana resulta ser el blanco preferente del nuevo hiperterrorismo, lo que la afecta con una vulnerabilidad imprevista. Además, las otras mutaciones sobrevenidas asombran a la vez por su amplitud y su rapidez. En 2002, Vladimir Putin ya no ponía objeción alguna a la entrada en la OTAN de los antiguos miembros del Pacto de Varsovia. De repente dejó de protestar contra la presencia de fuerzas de la OTAN en Kosovo. De pronto decidió examinar la posibilidad de la abrogación por los Estados Unidos del tratado que prohíbe los cohetes antibalísticos, cosa que rechazaba antes con la máxima energía. Ha dado su conformidad a la instalación de bases militares americanas en las antiguas repúblicas soviéticas del Asia central. En una palabra, Rusia se ha convertido en una potencia occidental. Esa metamorfosis habría parecido improbable incluso a mediados del año 2001. ¿Por qué ese viraje? Porque Putin no tardó en captar el sentido de lo ocurrido. El 11 de septiembre reveló el carácter caduco de nuestra rutinaria percepción de las amenazas.

Pero, para hacernos tomar conciencia de ellas, ha sido necesario que nuevas amenazas se impusieran a nuestra atención, al haber sido ejecutadas en una escala gigantesca. Después de ese seísmo, ¿quién podría creer aún en Rusia que el peligro fuera que los Estados Unidos lanzaran un cohete intercontinental contra Moscú? ¿Con qué fin? Así, pues, los guiones de la guerra fría están ahora tan lejos de nosotros como los de la guerra de los Cien Años. Lo que caracteriza la división actual de los bandos es que hay, por un lado, los grupos de la guerra terrorista, con los Estados «delincuentes» y, por otro, los gobiernos que se unen para protegerse, incluidos gobiernos de los países musulmanes hostiles a los extremistas. Una de las razones del «unilateralismo» americano es la de que en general los europeos rechazan sistemáticamente como falsos los análisis de los Estados Unidos, por lo que se prohíben a sí mismos la participación en las políticas que de ellos se deducen. Pero la mayoría de las veces no se trata precisamente de objeciones, sino de un rechazo total del análisis americano y de una obstinación en considerar nula, sin valor y peligrosa, la política de él resultante. Por lo demás, el recurso por parte de los europeos a esa actitud es menos política que psicológica. A eso se debe su propensión a deformar los hechos, a moldearlos voluntariamente o a imaginarlos, cuando podrían debilitar su requisitoria permanente contra los Estados Unidos.

Los propios Estados Unidos habían fomentado desde hacía seis años el acercamiento al prodigar una ayuda substancial a Corea del Norte, y los europeos, por su parte, apoyaron - y siguen apoyando- el totalitarismo de Pyongyang con la candidez habitual en ellos, cuando

han de afrontar a una tiranía. Así, pues, ¿quién tendrá el valor de decir que Francia ya no tiene un gran pensador? Incluso cuando nuestras críticas a los Estados Unidos tienen fundamento, son con frecuencia contradictorias entre sí y, además, con lo que nosotros mismos, los europeos, profesamos y practicamos. Así, pues, la prensa y los medios políticos de los Estados Unidos no sólo justificaron, sino que, además, aprobaron las protestas europeas o asiáticas, tanto más cuanto que esos derechos y cupos habían de tener por fuerza el efecto de hacer pagar el acero por encima de la cotización mundial en el mercado interior americano. Ahora bien, los europeos, y sobre todo los antimundialistas, siempre dispuestos a echar pestes contra el liberalismo «salvaje» que atribuyen a América, no son los más indicados para reprocharle simultáneamente su proteccionismo, cuando éste se manifiesta. Nos gustaría saber qué es lo perjudicial: ¿la libertad de comercio o su contrario, el obstáculo aduanero?

8. América como escapatoria

Hay que distinguir entre el antiamericanismo y la crítica a los Estados Unidos. La crítica a los Estados Unidos -vuelvo a insistir al respecto- es legítima y necesaria, a condición de que se apoye en informaciones exactas y se refiera a abusos, errores o excesos que existen realmente, sin pasar por alto, deliberadamente, las decisiones oportunas, las intervenciones provechosas o bien intencionadas, las acciones coronadas por el éxito.

En ese sentido, la verdadera crítica a América, la única útil, por ser precisa, juiciosa y motivada, sólo la encontramos... en la propia América, en la prensa diaria o semanal, los medios de comunicación, la clase política, las revistas mensuales de alto nivel, que allí tienen una gran difusión, mucha más que en Europa. El antiamericanismo se basa, por su parte, en una visión totalizante, si no totalitaria, cuya ceguera pasional se reconoce, en particular, en que esa censura universal reprueba, en el objeto de su execración, una conducta y su contraria a pocos días de distancia o incluso simultáneamente. Ya he dado anteriormente numerosos ejemplos de esa contradicción y a continuación voy a exponer algunos otros. Según esa visión -en el sentido que da a esa palabra Littré: «vana imagen que creemos ver, por miedo, por sueño, por locura, por superstición»-, los americanos *sólo* cometen errores, *sólo* profieren tonterías y son culpables de *todos* los fracasos, *todas* las injusticias, *todos* los sufrimientos del resto de la Humanidad. El antiamericanismo así definido es, la mayoría de las veces, un prejuicio de las minorías políticas, culturales y religiosas selectas mucho más que un sentimiento popular. Se me responderá que la «calle», la famosa «calle» musulmana, representa perfectamente a las masas, pero, como ningún país musulmán es democrático, resulta difícil apreciar hasta qué punto las manifestaciones antiamericanas en esas sociedades son espontáneas y hasta qué punto están organizadas por el poder. En los países en que ese poder se ha aproximado a los Estados Unidos y lucha contra sus propios integristas, son los imames los que, mediante sus ardientes y xenófobos sermones, se encargan de excitar a las multitudes, analfabetas, por lo demás, en su mayoría e incapaces de recoger una información independiente, que, de todos modos, la censura intercepta, incluso y sobre todo en la radio y la televisión.

Está demostrado, al menos desde 1995, que en Irán, por ejemplo, los ayatolás de la República Islámica ya no consiguen ocultar que su población, sobre todo el tramo de edad comprendido entre los quince y los veinticinco años, ha dejado de seguirlos en su demonización del Gran Satán y hace alarde abiertamente de su afición a los productos, las diversiones y las formas de vida americanos. Dicha afición no es consecuencia de un «imperialismo cultural» americano que las plañideras europeas no dejarán de incriminar. La dictadura teocrática, obscurantista y sanguinaria de los ayatolás oprime y empobrece al pueblo iraní, al tiempo que se esfuerza por regimentar sus costumbres con métodos policiales, inquisidores y brutales. Los polis de Alá persiguen con particular crueldad a la

juventud, deseosa más que sus padres de abrazar la vida moderna. En vista de ese marco asfixiante, la civilización americana, aunque sea en sus rasgos más triviales, no parece a los iraníes portadora de imperialismo, sino de libertad, como ha resultado con tanta frecuencia serlo en numerosas partes del mundo. Al fin y al cabo, nada impedía a Europa desempeñar ese papel de mensajera de la libertad en el Oriente Próximo y en el Oriente Medio. Si no lo ha adoptado, ha sido, una vez más, porque ha considerado oportuno, por puro antiamericanismo, recomendar el «diálogo», es decir, la complicidad con los tiranos y no con sus víctimas.

El mismo contraste se observa en China entre el antiamericanismo oficial y el apetito popular por todo lo que procede de los Estados Unidos. «Comparar la vida de hace diez años con la de hoy es como comparar la Tierra y el Cielo», declara un chino a una periodista americana. «Los americanos no nos venden sólo productos, sino también cultura», añade, «y es una cultura que numerosos chinos desean. Dicen: si compras esto, accederás a un nuevo estilo de vida». Tal vez se trate de una impresión engañosa, pero es un hecho histórico. En América Latina, las corrientes afectivas están regidas por un rencor muy antiguo, el de la América que ha fracasado contra la América que ha triunfado, traumatismo histórico analizado en el libro sin par de Carlos Rangel, (*Del buen salvaje al buen revolucionario*). Sin embargo, también allí son los dirigentes políticos y sobre todo los intelectuales quienes perpetúan, los primeros, dicho rencor, a costa, por lo demás, de un desdoblamiento de la personalidad que raya en la bisexualidad político-cultural, ya que la mayoría son discípulos y clientes de los Estados Unidos, al tiempo que los vituperan cuando arengan a su conciudadanos. Los pueblos, por su parte, siguen el movimiento, aunque la desigualdad entre el norte y el sur del continente se haya reducido considerablemente desde 1950, lo que no excluye frecuentes regresiones cuando tal o cual país recaen en las aberraciones del pasado. Pero el antiamericanismo popular es más conformista que militante y va acompañado de un deseo omnipresente de incorporarse a la máquina económica y a la civilización de la América del Norte.

Según una encuesta de la empresa Sofres de mayo de 2000, tan sólo el 10 por ciento de los franceses sienten antipatía por los Estados Unidos. Así, pues, al comentar ese sondeo, Michel Winock subraya que «el antiamericanismo en Francia no es un sentimiento popular, es obra de cierto sector de la minoría selecta». El historiador observa que una de sus causas en el siglo XX es la influencia del comunismo en vastos sectores de la *intelligentsia* francesa, pero también recuerda que, ya en el siglo XIX, el desprecio por América y la animosidad para con ella fueron iniciados por la derecha intelectual, que desde entonces no ha reconsiderado precisamente su juicio. Bonald, ya en la Restauración, no veía en América —donde, ni que decir tiene, nunca había estado— otra cosa que conformismo, materialismo, burguesismo, incultura e idolatría del dinero, subraya Michel Winock. Otro historiador, Laurent Theis, al resumir «doscientos años de amores contrariados» entre los dos pueblos, relata que en el siglo XIX el antiguo apego, desde La Fayette, de los franceses a los americanos, queda substituido por una repulsión llevada ya al paroxismo. Theis escribe: «Aparecen entonces la figura y el nombre del yanqui nordista, en los antípodas del noble plantador del sur. Instintos brutales, apetitos carnales, pasiones pecuniarias», naturalmente hipocresía, con la Biblia en la mano, estereotipos, todos ellos, que para los publicistas de toda clase substituyen a los prejuicios anteriores. La democracia americana, que resulta ser «la ley del más fuerte», deja de hacer soñar. El buen salvaje, la muchacha pura y trabajadora, el austero cuáquero pasan a ser personajes de comedia.

¿Qué pueblo es ése, escriben, «de tenderos ignorantes e industriales de estrechas miras, que no tiene en su vasto continente una sola obra de arte», ese país «sin Opera?» Ese veredicto emanaba de la fina capa de la sociedad francesa que sostenía profesionalmente una pluma y disponía de columnas en los periódicos. ¿Qué opinaban de América los otros

franceses, si es que pensaban algo? Resulta muy arduo de vislumbrar. En nuestra época, lo sabemos perfectamente. Según otro sondeo, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el 52 por ciento de los franceses declaran haberse sentido siempre muy cerca de los Estados Unidos y el 9 por ciento que su opinión sobre ellos ha cambiado para bien recientemente (frente al 32 por ciento y al 1 por ciento en sentido opuesto). En el siglo XIX los intelectuales europeos creían ver en América un vacío cultural, que no era, en realidad, sino el de su propia información. Fue necesario que Charles Baudelaire tradujera en 1856 a Edgar Allan Poe para revelarles que existía vagamente en los Estados Unidos una literatura digna de ese nombre. El mito de la barbarie cultural de un pueblo visto como esclavizado exclusivamente por el afán de lucro (impulso notoriamente ajeno a la pura alma de los europeos) se perpetuó hasta mediados del siglo XX, precisamente cuando la realidad lo refutaba y, en particular, el más generoso mecenazgo jamás visto creaba y mantenía miles de museos, universidades y hasta esas óperas cuya ausencia estigmatizaba Stendhal (pues era él). Después a las pullas lanzadas sobre la supuesta nulidad cultural de los americanos sucedieron de repente las recriminaciones contra su «imperialismo» cultural. Pasábamos del vacío al desbordamiento. También en esa esfera, ocurra lo que ocurriere, ¡los Estados Unidos nunca pueden tener razón! Seguramente están equivocados culturalmente cuando su Congreso adopta, para el año 2002, el presupuesto más elevado que jamás se haya votado en ningún país para la investigación pública: 104.000 millones de dólares (a los que hay que sumar los gastos privados en investigación, también los mayores del mundo).

Pese a su supuesta indiferencia ante todas las actividades de la inteligencia, América fue de las naciones más desarrolladas la primera que instauró -cincuenta años antes que Jules Ferry en Francia- la enseñanza elemental gratuita y obligatoria: primero en el Estado de Nueva York en 1832 y después, muy poco después, en los demás Estados. Esa alfabetización precoz explica, por una parte, otra causa de la acritud antiamericana: la antigüedad y la rapidez del despegue económico de los Estados Unidos. En *L'enfance du monde* [La infancia del mundo], Emmanuel Todd muestra hasta qué punto es decisivo ese factor. Todo país que «despega» resulta haber cruzado el umbral decisivo de alfabetización: el 50 por ciento de la población o -criterio más expresivo aún- el 70 por ciento de los jóvenes de edades comprendidas entre los quince y los veinticinco años. Así, Suecia y Suiza, países aún casi enteramente rurales a mediados del siglo XIX, eran en aquel mismo momento los más alfabetizados de Europa, lo que brinda una de las claves de su rápido desarrollo industrial posterior. El avance americano en la democratización de la enseñanza no inspiraba, naturalmente, en nada la reflexión del vizconde de Bonald, que, desde lo alto de su condescendencia monárquica, no apreciaba forma alguna de democracia y, por consiguiente, se vedaba la posibilidad de pensar que pudiera haber una vinculación entre democracia política, liberalismo económico, instrucción pública y prosperidad. Por eso, tampoco entendió -y distaba de ser el único en Europa antes de que llegara Tocqueville e incluso después de que éste, escribiera su gran obra- la importancia del avance que habían logrado los Estados Unidos en la instauración del sufragio universal.

Dicho sufragio fue instaurado en ese país ya en 1820 en el caso de los hombres y también en el de las mujeres América se adelantó a las otras democracias. Las mujeres pudieron votar a partir de 1869 en Wyoming, seguido de otros once Estados entre 1869 y 1914, y después por todo el país en 1920. En Francia tuvieron que esperar hasta 1944. Esos hechos, que dependen -precisamente- de una instrucción elemental, chocan de frente con la repugnancia de los europeos para admitir que los Estados Unidos sean una verdadera democracia. Si bien nosotros les denegamos fácilmente la pertenencia a ese régimen político, los africanos y los latinoamericanos se la discuten aún más, ellos, cuyos títulos para hablar en nombre de la democracia son, con toda evidencia, clamorosos. Ya conocemos las principales acusaciones imputadas a América en esa esfera: la esclavitud y, además, las discriminaciones de que fueron víctimas los negros, el mantenimiento de la pena de muerte o también el apoyo concedido a dictaduras, en América Latina en particular. De 1945 a

1965, los Estados Unidos eliminaron en su interior todas las segregaciones, al menos oficiales, gracias a una acción voluntarista del poder federal y del Tribunal Supremo contra los Estados tradicionalmente racistas.

Asimismo, figuro entre quienes se indignan al ver persistir en los Estados Unidos la pena de muerte. Doce Estados la han abolido, treinta y ocho la han conservado, dieciséis de los cuales la aplican. Aún son demasiados, pero hay que recordar que el Gobierno federal no siempre tiene poder para imponer sus preferencias a los legisladores de los Estados, que adoptan o abrogan sus leyes propias en función de los votos expresados por sus electores *in situ*. Además, algunos países en los que la abolición es, en resumidas cuentas, muy reciente -1964 en el caso del Reino Unido, 1981 en el de Francia- tienen tendencia a perder la memoria cuando se envuelven en la blanca túnica humanitaria para precipitar por esa razón a América en el abismo de la antidemocracia. Al comienzo del siglo XXI, 87 países en el mundo practican aún la pena de muerte, algunos de ellos -China, Iraq- en dosis masivas y sin garantías en el procedimiento ni respeto de los derechos de defensa, pero los anatemas internacionales se centran exclusivamente en los Estados Unidos, lo que despierta la sospecha de que esas diatribas van dirigidas a veces menos contra la propia pena de muerte que contra los Estados Unidos. Así, pues, volvemos a ver los dos rasgos más llamativos del antiamericanismo obsesivo: la selección de las pruebas y la contradicción interna de la requisitoria.

Como ejemplo del primero, volvamos al caso Somoza. Prueba indiscutible, se nos dice, de que los americanos apoyan las dictaduras reaccionarias. Pero entonces, ¿qué hacemos con la batalla política y económica reñida por los Estados Unidos con el dictador de Santo Domingo, Rafael Trujillo? Le infligieron -e hicieron que la América Latina (en el marco de la OEA, Organización de Estados Americanos) le infligiera- sanciones económicas que acabaron poniendo de rodillas a Trujillo, antes incluso de que muriese asesinado en 1961. Las sanciones que afectaron a aquel dictador de extrema derecha fueron mucho más duras que el embargo que América iba a aplicar más adelante a Castro. A propósito de Castro, ¿cuántos periodistas o políticos dicen que éste tomó el poder gracias a la ayuda de la CIA? Washington deseaba poner fin a la dictadura de Fulgencio Batista y organizó su caída con la colaboración de Castro. Los Estados Unidos fueron el segundo país del mundo, después de Venezuela, en reconocer, ya el 7 de enero de 1959, al nuevo régimen de La Habana. Hasta más adelante, cuando Castro hubo instalado en la isla una dictadura estalinista y se hubo puesto a las órdenes de Moscú, no se volvieron los Estados Unidos contra él. Una vez más la trampa de la selección de las pruebas recurre de forma imprecisa al concepto de prueba, pero el antiamericanismo puede aquilatar también el virtuosismo hasta recurrir a la falta total de prueba.

Cuando Bush y su consejera de Seguridad, Condoleezza Rice, conminaron a Israel a que evacuara «sin demora» los territorios palestinos ocupados, proclamamos al instante que sus exigencias serían en vano y que sería inútil el proyectado viaje del Secretario de Estado Colin Powell al Oriente Próximo. Lo grave no son los errores de apreciación y los procesos de intenciones en los que se basan esos juicios, sino sobre todo sus incompatibilidades recíprocas. Lo asombroso es también nuestra incapacidad para reconocer que nos hemos equivocado, cuando el acontecimiento nos lo muestra. En conjunto y a lo largo del tiempo, los gobiernos, los medios de comunicación y la opinión de Europa consideran que en el Oriente Próximo los Estados Unidos siempre han apoyado y apoyan a Israel de forma mucho más incondicional y parcial, pero, cuando los Estados Unidos adoptan una actitud neutra y deciden intervenir menos directamente en los asuntos palestino—israelíes, como hizo George W. Bush en 2001 y hasta el comienzo de 2002, en seguida Europa se indigna de lo que considera una culpable irresponsabilidad americana y suplica encarecidamente a Washington que asuma sus responsabilidades. Después, cuando el Presidente, a

comienzos de abril de 2002, envió allí a varios emisarios y lanzó una declaración enérgica, casi un ultimátum, para exigir que el Primer Ministro israelí, Ariel Sharon, retirara sus tropas del territorio palestino, «y no mañana, sino sin demora y en seguida», la claridad de aquella posición incitó muy poco a los europeos a reconocer que su tesis anterior sobre el apoyo por siempre «incondicional» de los Estados Unidos a Israel era, por tanto, equivocada.

Como también lo era otra tesis (incompatible, además, con la anterior): la de una egoísta indiferencia americana ante el drama del Oriente Próximo. Que los Estados Unidos votaran en marzo y en abril de 2002 junto con todo el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para condenar a Israel y decidir la creación de una comisión de investigación de las Naciones Unidas sobre los posibles crímenes de guerra israelíes en Jenin, no impidió que todos los diarios radiofónicos franceses siguieran afirmando, imperturbables, que Washington continuaba vetando las propuestas desfavorables a Israel del Consejo de Seguridad. En realidad, como recuerda con razón Henry Kissinger, «desde hace treinta años, la diplomacia americana ha sido el catalizador de casi todos los avances logrados en el proceso de paz destinado a acercar a los israelíes y los árabes, sobre todo los palestinos». Fue la «Declaración de principio sobre la autonomía palestina», de inspiración americana. La siguió, también con el impulso de los Estados Unidos, en 1995, el acuerdo de Taba (en Egipto), llamado también «Oslo II», que se refiere a «la ampliación de la Autoridad Palestina a toda Cisjordania». Igualmente injustificada es la queja ritual y obsesiva según la cual en aquella crisis los Estados Unidos actuaron, supuestamente, de forma «unilateral»: sin consultar a los europeos. Fue lo contrario enteramente: el Secretario de Estado Colin Powell antepuso a su misión en el Oriente Próximo de abril de 2002 un alto en Madrid, el 10 de abril (pues España ejercía entonces la Presidencia de la Unión Europea).

Fue a consultar a los ministros de Asuntos Exteriores de los quince miembros de la Unión, al de la propia Unión, Javier Solana, y *al de Rusia*, también invitado. Difícilmente se puede tildar ese comportamiento de unilateralismo. El Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, acentuó aún más con su presencia el carácter multilateral de aquellas conversaciones. No obstante, los europeos, en Madrid, no lograron poner sobre la mesa propuesta concreta alguna, plan de acción realista alguno. No sólo no pudieron entenderse con los Estados Unidos, ni que decir tiene, ¡sino que ni siquiera pudieron entenderse entre ellos! Una vez más, los hechos no por ello desvían a los papagayos del antiamericanismo de sus inmutables cantinelas. Así, con ocasión de la cumbre anual transatlántica, en la que se reunieron, el 2 de mayo de 2002, en Washington los Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia, el corresponsal permanente de TF1. La hostilidad que provoca la fascinación mueve a demasiados europeos a instalarse en el convencimiento de que los Estados Unidos siempre se equivocan. Ahora bien, un Gobierno que siempre se equivocara es tan mítico como uno que nunca lo hiciera. El Gobierno americano se equivoca a veces e incluso a menudo, como todos los Gobiernos. Los periódicos y el Congreso o lo tratan con miramiento, cuando consideran que así es. En general, lo hacen con más competencia que los extranjeros. Además, en los diarios americanos, las páginas reservadas a los editoriales y a las tribunas presentan normalmente puntos de vista diferentes u opuestos y no llevan - al contrario de una costumbre francesa en casos semejantes- el subtítulo de «polémica», como si el lector no fuera bastante mayor para confrontar y apreciar por sí mismo los argumentos expuestos y para formarse una opinión al respecto sopesando los pros y los contras.

También los debates televisivos, sobre los asuntos más variados de política interior y exterior, confrontan periódicamente a interlocutores -protagonistas o expertos- que presentan, en general con cortesía y calma, análisis divergentes. Así, pues, los americanos comprenden tanto mejor que se critique su política y su sociedad cuanto que son los primeros en encargarse de hacerlo y a menudo con ferocidad, pero hay un abismo entre el análisis crítico, alimentado por la comparación de las opiniones, y el automatismo en la

condena que mueve con frecuencia a los europeos a decretar que la diplomacia americana es un fracaso permanente, a imagen y semejanza, por lo demás, de toda la sociedad americana. En otros términos, nosotros, los franceses, somos los que, con nuestros votos, propulsamos a Jean-Marie Le Pen a una altura que nunca debería haber alcanzado en una democracia con buena salud, pero la degenerada es la democracia americana. Cosa extraña, siempre es en Europa donde surgen los dictadores y los regímenes totalitarios, pero, ¡siempre es América la fascista! Sin embargo, si añadimos a los sufragios obtenidos por Le Pen en aquella consulta los de los tres candidatos trotskistas, del Partido Comunista y de los Verdes (que en Francia son más izquierdistas y maoístas que ecologistas), vemos que un tercio de los electores siguieron a candidatos que, en la extrema derecha y en la extrema izquierda, rechazan lo que llaman la «mundialización liberal», es decir, la libertad económica, madre de la libertad política, y desean volver al dirigismo proteccionista más caduco, de connotación indiscutiblemente totalitaria.

Así, pues, la «degeneración» de la democracia francesa parece mucho más evidente que la que atribuimos a la democracia americana, con nuestra habitual conmiseración bufonesca. Resulta curioso ver a periodistas profesionales recomendar la supresión de la información alegando que la verdad podría beneficiar al adversario. ¡Viejo sofisma! Es olvidar que, si la verdad puede beneficiar al adversario, es porque nosotros mismos hemos cometido un error y nos gustaría ocultarla o que hemos dejado que se creara una situación cuya paternidad nos da miedo tener que reconocer. Todos los países del Viejo Continente están hoy apuntalados por la sólida democracia de la Unión Europea, que difiere completamente de la Europa roída por las dictaduras del decenio de 1930. En lugar de gritar en las calles remedando episodios de setenta años atrás, mejor sería que los «jóvenes» intentaran comprender la naturaleza inédita y los orígenes verdaderos del fenómeno del Frente Nacional, tal como es, en el presente. Esas luchas reconstituidas contra peligros de antes de la guerra explican la ineficacia de la lucha necesaria contra los peligros actuales, pero tienen, para la izquierda, una función muy precisa en sus sistema de defensa, que es, en cierto modo, el «beneficio secundario» de su neurosis. Sobre la izquierda es sobre la que podríamos preguntarnos a qué «juega». Así, pues, no es de extrañar que los estudiantes, en sus declaraciones y manifestaciones públicas, se refieran a una historia mutilada: esa historia expurgada es la que predomina en las enseñanzas secundaria y universitaria.

Así, pues, se comprende el papel fundamental del antiamericanismo en el centro de ese dispositivo. Europa en general y su izquierda en particular se absuelven de sus propias faltas morales y sus grotescos errores intelectuales vertiéndolos sobre el gran chivo expiatorio que es América. Para que la estupidez y la sangre desaparezcan de Europa, es necesario que los Estados Unidos, a contracorriente de todas las enseñanzas de la historia verdadera, pasen a ser el único peligro que amenaza a la democracia. Por motivos en parte diferentes de los de la izquierda, la derecha europea comparte en gran medida esa visión acusadora de América. Así, en abril de 2002, el semanario británico conservador *The Spectator*, en la pluma de Andrew Alexander, editorialista del diario también conservador *Daily Mail*, nos expone doctamente que la guerra fría fue... una conspiración americana. Así, pues, contrariamente a lo que habían creído ver y vivir ciertos testigos ingenuos entre los que me cuento, no hubo anexión *de facto* por Moscú de la mayor parte de la Europa central y balcánica, tampoco hubo el golpe en Praga ni el bloqueo de Berlín en 1948, ni huelgas insurreccionales en Italia y en Francia, señales de siniestras codicias estalinistas, ni guerra en Corea ni guerra civil en Grecia. ¡Cómo pudimos ser tan crédulos! Todos aquellos sucesos, ante la consternación de un Stalin notoriamente desprovisto de agresividad, eran fomentados a escondidas por una América que se inventaba así un pretexto para dominar el planeta.

Siguiendo esa lógica, se podría sostener que la guerra de los Cien Años fue inventada completamente por Juana de Arco, deseosa de destacar en una seudorresistencia a unos ingleses que eran, por su parte, de un talante de lo más conciliador o también que fue el zar Alejandro I el que lanzó el embuste del Gran Ejército dirigido por Napoleón a la conquista de Rusia. En cambio, en el caso de los Estados Unidos, pasa por ser digna de consideración y casi verosímil. En *Le Monde* del 25 de abril de 2002, al comentar la elucubración de Andrew Alexander, Patrice de Beer considera que «su argumentación parece convincente». Recordemos que, en cambio, ¡la del *Libro negro del comunismo* no lo era! La derecha europea procesa a los Estados Unidos para no tener que explicar con sus propias equivocaciones el surgimiento de su superpotencia. A juicio de la izquierda, el antiamericanismo tiene, además, la virtud de permitirle proseguir su lucha contra el liberalismo. Por consiguiente, no ha cambiado el asunto: se trata de asimilar el liberalismo al fascismo y los Estados Unidos son, naturalmente, la fortaleza del liberalismo y, por tanto, del fascismo. Observemos, además, de pasada, que incluso moribundo, con su 3,4 por ciento de votos, el Partido Comunista tiene la mentira tan clavada en el cuerpo, que no puede por menos de permanecerle fiel incluso en el momento de la defunción: en efecto, Le Pen en absoluto es liberal, sino antiliberal, aunque de extrema derecha o *por ser* de extrema derecha, y es tan antiamericano como la izquierda.

Por lo demás, Mussolini y Hitler fueron violentamente hostiles al liberalismo, tanto como Stalin y por la misma razón: conocían el vínculo íntimo que une el liberalismo a la democracia. En su época, la democracia británica era el blanco principal de su execración. Para los totalitarios de hoy, ya se llamen Laguiller o Le Pen, América es la que desempeña la función de cabeza de turco. No obstante, hemos de convenir en que, gracias a un regreso intermitente del sentido común, los europeos toman conciencia a menudo de la futilidad de las exageraciones del antiamericanismo obsesivo y son los primeros en denunciarlo. Al presentar el sondeo que he comentado anteriormente, *Le Monde* enumera estas exageraciones: «Cretinismo puritano, arrogancia bárbara, capitalismo desatado y tendencia hegemónica: ya conocemos los temas preferentes que alimentan la execración de América». El reproche de «cretinismo puritano» se reavivó en particular en Europa en el momento de los problemas que perturbaron la presidencia de Bill Clinton por su relación con Mónica Lewinsky, becaria de la Casa Blanca. Nosotros, los europeos, y sobre todo nosotros, los franceses -íbamos repitiendo en la prensa y por las ondas- somos demasiado civilizados para inmiscuirnos en la vida privada de nuestros dirigentes y proponernos apartarlos del poder cuando resulta que tienen una aventura extraconyugal. Además de la hipocresía del puritanismo atribuido a los americanos, Europa invocaba para explicar esa ofensiva contra Clinton otro mal pensamiento: los republicanos habían orquestado, supuestamente, la campaña encaminada a la deposición del Presidente porque se consideraban en cierto modo propietarios de la Casa Blanca y no se resignaban a haberse visto suplantados en ella por un demócrata.

Como la mayoría de las cantinelas antiamericanas, esas dos supuestas explicaciones se basaban en un cómico desprecio de los hechos y de lo más fáciles de verificar. Respecto del puritanismo en general, sabemos perfectamente que el movimiento de liberación sexual del decenio 1960-70 empezó a desarrollarse en los Estados Unidos antes de llegar más adelante a Europa. La conquista por las mujeres de una libertad personal igual al legendario desenfreno de los hombres, la afirmación por los homosexuales masculinos y femeninos de su derecho a reivindicarse como tales y a salir de una clandestinidad humillante: todas esas revoluciones de las costumbres se iniciaron en los Estados Unidos. La ideología es una máquina de rechazar los hechos, cuando éstos podrían obligarla a modificarse. También sirve para inventarlos, cuando le resulta necesario para perseverar en el error. En la esfera de la historia económica, por ejemplo, ha sido indispensable a la ideología socialista o bajo la influencia socialista creer y hacer creer que el «ultraliberalismo» de Ronald Reagan había empobrecido al pueblo americano, al tiempo que enriquecía más a una minoría de ricos.

Al parecer, había suprimido casi toda protección social, había agravado las desigualdades, había reformado la fiscalidad para beneficio exclusivo de los adinerados. Una vez postulado ese dogma, la mayoría de los comentaristas se han considerado de una vez por todas dispensados de estudiar más detenidamente la historia económica de los Estados Unidos, tal como se desarrolló de 1980 a 2000. Naturalmente, los europeos no podían desconocer totalmente el crecimiento económico americano de los dos últimos decenios del siglo XX (interrumpido sólo durante una breve recesión al comienzo del decenio de 1990) ni la elevación del nivel de vida que entrañó y las decenas de millones de nuevos puestos de trabajo que creó. Sin embargo, nuestra imaginación sigue fecunda en fábulas ingenuas o en mentiras protectoras, destinadas a evitarnos la dura prueba de tener que tomar nota del éxito americano y del relativo fracaso concomitante de la Europa continental. Los mitos en los que se abrevaban nuestra ceguera y nuestra hipocresía eran, en particular, los de que el crecimiento americano sólo beneficiaba a los ricos y los puestos de trabajo creados por él eran simples «empleílllos» mal pagados, mientras que el desempleo y la exclusión en Europa estaban cargados de la ventajas que entrañaron nuestras preocupaciones sociales y nuestra «lucha contra las desigualdades».

¿A qué se debe que los europeos, salvo en algunas publicaciones especializadas y en libros leídos por un público limitado, no tengan en cuenta esas informaciones? Pero, ¿y nuestros políticos? Pero, ¿y la «morralla» de nuestros medios de comunicación? Su silencio es tanto menos excusable cuanto que uno de los lugares comunes de la vulgata antiamericana en Europa es el reproche de falta de curiosidad por los asuntos europeos -e internacionales en general- lanzado a los medios de comunicación de los Estados Unidos. Reproche manifiestamente infundado, por lo demás, pero que podría inspirarnos al menos el interés por no merecerlo nosotros mismos en sentido inverso. He empleado la expresión «morralla de nuestros medios de comunicación» porque en Europa tenemos una prensa económica en general bien informada e imparcial, así como en las ondas, sobre todo las radiofónicas, que con frecuencia cuentan con editorialistas económicos competentes, quienes explican muy bien las realidades americanas y las demás. ¿Por qué las informaciones de que todos pueden disponer gracias a ellos parecen evaporarse antes de llegar a nuestros cerebros y raras veces logran salvar ese tabique estanco, por decirlo así, que las separa de la prensa de gran difusión y de los telediarios de las cadenas y de las horas de mayor auditorio? Pensándolo bien, resulta que la curiosidad europea por el país de allende el Atlántico es a veces de lo más intensa, pero también de lo más selectiva. Cuando las noticias de la economía americana son malas, nuestra curiosidad empieza de repente a galopar en nuestros medios de comunicación, que vuelven a ser milagrosamente receptivos a la información.

La idea que tienen de América muchos europeos, cuando ven en ella la fortaleza del «ultraliberalismo» es más que somera. Como tantos otros prejuicios, procede de una insuficiencia de información, con frecuencia cuidadosamente mantenida por los medios impropriamente llamados... de información. Ahora bien, como hemos visto con Robert Samuelson, los grupos de presión americanos más poderosos no son los de las grandes empresas. Ejercen una influencia mucho más fuerte en el poder federal el grupo de presión de las personas jubiladas o el de los agricultores, temible en todos los países desarrollados, o el de la Asociación Americana de Empleados de los Estados, los Condados y los Municipios o el de la Asociación de Empresarios de Hostelería y centenares de otros grupos que representan a millones de electores. Según un estudio estadístico elaborado en 1990 por la Asociación de Dirigentes de Asociaciones -si no existiera, habría que inventarla-, siete de cada diez americanos pertenecen al menos a una asociación y una cuarta parte de ellos a cuatro asociaciones o más. Hace mucho que «grupo de presión» ha dejado de designar exclusivamente a un puñado de capitalistas supuestamente omnipotentes. «En cambio, hoy en los Estados Unidos todo el mundo está organizado y todo el mundo forma parte de un

grupo de interés», escribe Jonathan Rauch en un libro cuyo título expresa perfectamente lo que el autor quiere decir:

El fin del Gobierno o el porqué de que Washington haya dejado de funcionar. En todas las democracias desarrolladas se observa ese cerco del Estado por intereses categoriales, algunos de los cuales se han inmiscuido, por lo demás, dentro del propio Estado o en sus llamados servicios «públicos». Es que, como dice Rauch en una fórmula que recuerda al estilo lapidario de Frédéric Bastiat: «Hay dos formas de llegar a ser más rico. Una es la de producir más. Otra es la de apoderarse de una parte mayor de lo que los demás producen». Los grupos de presión fueron creados y se multiplicaron para ello, al tiempo que perfeccionaban el arte de presentar las ventajas exorbitantes del derecho común que sacan a sus conciudadanos como justificados por el interés general o la solidaridad social. Así ocurre, por lo demás, a veces, pero no son muchas: la mayoría de las veces, se trata de una economía parasitaria que se injerta en la productiva. Así las sociedades se transforman poco a poco en colecciones de intereses especiales que asfixian el Estado e hinchan los impuestos. Al contrario de lo que se imaginan los visionarios europeos, que creen que ese país está enteramente invadido por la «jungla» de un neoliberalismo «salvaje» y desbocado, los Estados Unidos no se libran más que las demás sociedades de ese fajamiento de la cosa pública.

Esa imposibilidad casi total de la reforma existe, en efecto, en ciertas naciones, como Francia. Al menos la resistencia al cambio perdura en ella durante períodos muy largos. Pero otras naciones son capaces de mayor adaptación. Sus Gobiernos tienen de vez en cuando la energía suficiente para aflojar el yugo de los corporativismos. Lo hemos visto en Gran Bretaña, en Suecia, en Nueva Zelanda e incluso en Italia, durante los últimos años del siglo XX. Los Estados Unidos, pese al aplastante peso y la ingeniosa eficacia de sus grupos de presión, forman parte de los países en los que se hacen periódicamente reformas que permiten a la colectividad volver a empezar a respirar, en particular mediante la aligeración de ciertos impuestos o la erradicación de ciertos despilfarros, lo que equivale a lo mismo. Paradójicamente, los censores europeos excomulgan a menudo como «reaccionarios» a los dirigentes o representantes democráticos americanos que tienen el valor de impulsar reformas. Ahora bien, en América como en otros sitios, los despilfarros son precisamente los que alimentan más generosamente a la clase parasitaria. Por consiguiente, el objetivo es el de hacerlos pasar por «progresistas». A eso se debe el alzamiento en masa contra las reformas que los eliminarían. El muro, considerado hermético e infranqueable, que, supuestamente, separa la izquierda de la derecha es el fruto de una concepción anclada en la historia ideológica europea.

En los Estados Unidos, los partidos acercan posiciones con bastante facilidad, como lo muestran los frecuentes proyectos de ley elaborados conjuntamente por un representante demócrata y otro republicano o también las continuaciones de varios proyectos de ley de un Gobierno a otro de signo opuesto. ¿A qué se debe la dificultad que tienen los europeos para comprender la forma como se hacen las reformas y el progreso social en los Estados Unidos? A esa especificidad cultural consistente en que en Europa, desde el comienzo del siglo XX, el marco de interpretación de la Historia está forjado por la ideología socialista, incluso, en sordina, entre los que no son socialistas. Se basa, por hablar someramente (pero la mayoría de las opiniones públicas son muy someras), en el concepto de lucha de clases como único motor del progreso social. El capitalismo aporta supuestamente la riqueza tan sólo a una minoría aumentando cada vez más la pobreza de una masa cada vez mayor de trabajadores, a los que despoja. Así, pues, el objetivo del socialismo no puede ser otro que el de abolir el capitalismo, con la apropiación colectiva de los medios de producción e intercambio y el del liberalismo el de impedirlo, defendiendo la empresa privada. Ciertamente es que paralelamente al socialismo revolucionario, que propugna la vía insurreccional como la

única que puede conducir a la «dictadura del proletariado», desde el final del siglo XIX surgió un socialismo llamado revisionista o reformista, pero difería del otro por los medios que recomendaba, no por los fines que perseguía.

Éstos seguían siendo los mismos para los dos. Sin embargo, los marxistas y no sólo los comunistas siempre han considerado la socialdemocracia una forma de traición al verdadero socialismo. Esa concepción de la sociedad dividida entre dos polos irreductiblemente antagonistas es ajena al pensamiento colectivo americano. Así, pues, contrariamente a lo que ocurría en la misma época en Europa, la clase obrera americana pudo participar muy pronto en la vida política, integrarse desde el principio activamente en asociaciones y partidos, en una palabra, librarse del sentimiento de exclusión que en el proletariado europeo acompañó el desarrollo de la sociedad industrial. Además, otra razón de la ausencia de socialismo en los Estados Unidos es que sus clases trabajadoras se componían mayoritariamente de inmigrantes procedentes de Europa y que, por tanto, podían comparar lo que habían dejado atrás con lo que encontraban en América, es decir, una sociedad que, pese a sus desigualdades económicas o de otra índole y sus conflictos con frecuencia violentos, estaba mucho menos paralizada que la del viejo mundo y era mucho más flexible y propicia a la movilidad y al ascenso sociales.

Sin embargo, como escribe Pierre Weiss en su Introducción a Sombart, «el obrero Americano forma -y quiere formar- parte de un Sistema Socioeconómico que le garantiza un grado satisfactorio de integración» y, paralelamente, desde comienzos del siglo XIX, «su vida Cívica hace de él un Ciudadano activo». Económicamente, el Sueño Americano no es sólo el del Peón que piensa en la posibilidad de hacerse Millonario, sino también, mucho antes y más completamente realizado que en Europa, el de la ósmosis entre el Proletariado y la Burguesía media. Si bien América nunca ha sido Socialista «Revolucionaria», en el sentido Bolchevique del término (en ese País el Partido Comunista siempre ha sido microscópico y ha estado compuesto principalmente por Intelectuales y Agentes del KGB), ha sido, en cambio, Socialdemócrata en enorme escala. En efecto, ¿qué fue el *New Deal* de Franklin Roosevelt sino una amplia Política Socialdemócrata, perpetuada posteriormente por Kennedy y Johnson y más tarde por los Presidentes Republicanos incluso, como hemos visto? Observemos que a ese respecto los americanos adelantaron a Europa, donde, después de la segunda guerra mundial, y sobre todo durante los dos últimos decenios del siglo XX, los diversos Partidos Socialistas Europeos poco o mucho y de bueno o mal grado abandonaron la retórica Revolucionaria y se adhirieron unos tras otros, más o menos abiertamente, a la Socialdemocracia, con lo que se aproximaron al reformismo rooseveltiano del *New Deal*. Así se desploma una de las acusaciones favoritas de la Izquierda Europea contra los Estados Unidos: a saber, la de que, según los Europeos, la «Izquierda Americana», como se decía con desprecio, incluso para infamar a los «Socialdemócratas» de nuestro Países, no era una Izquierda auténtica, porque no quería cambiar *de* Sociedad, sino sólo cambiar *la* Sociedad, por contentarse con algunos retoques del Sistema del Capitalismo existente. Si examinamos detenidamente la historia de los dos últimos siglos, la Sociedad Americana ha experimentado, a largo plazo, un cambio mucho más precoz, continuo, constante y realista que las Sociedades Europeas, algunas de cuyas convulsiones, que sólo tenían una apariencia Revolucionaria, han engendrado con mayor frecuencia regresiones que avances.

También en las Esferas Política, Económica, Social y Cultural, la arrogancia Europea condescendiente y nuestro conformismo repetitivo informan más sobre nuestras propias deficiencias que sobre las lagunas que atribuimos a los Americanos. Se ve perfectamente para qué nos sirven los Estados Unidos: para consolarnos de nuestros propios fracasos alimentando la fábula de que ellos lo hacen aún peor que nosotros y de que lo que va mal

en nuestros Países se debe a ellos. Así, pues, son responsables de todo lo que va mal en este Mundo y los Europeos no son los únicos en el mundo que los ven así.

Conclusión:

La consecuencia de la Obsesión Antiamericana es la agravación o incluso la creación del mal o el inconveniente con el que quisiera acabar y contra el que pretende luchar, a saber, el «Unilateralismo» atribuido a los Estados Unidos. En efecto, a fuerza de criticar a los Americanos, hagan lo que hagan y en toda ocasión, incluso cuando tienen razón, los europeos (no son los únicos, si bien dirigen el baile), los incitan a pasar por alto las objeciones de los Europeos, incluso cuando tienen fundamento. El reflejo de los Americanos, provocado por la avalancha ininterrumpida de anatemas que reciben en la cara, los incita cada vez más a pensar: «Como, de todos modos, los demás nos quitan siempre la razón, ¿para qué los Europeos vamos a consultarlos? Sabemos de antemano que van a ponernos en la picota».

Ejemplo: el aumento de las subvenciones a los Agricultores Americanos decidida en la primavera de 2002. Merece indudablemente una severa condena. Sin embargo, expresada por los europeos, dicha condena resulta un poco sospechosa, habida cuenta de dos datos notorios. El primero es el de que la Unión Europea con su Política Agraria Común (PAC) distribuye en cinco años a sus Agricultores el doble de las subvenciones que los Estados Unidos distribuyen a los suyos en diez años. En el presupuesto de la Unión Europea, el apoyo a los Agricultores es la primera partida de gasto. Así, pues, los Europeos y sobre todo Francia no son los más indicados para reprochar a otros Países que ayuden a su Agricultura, por reprehensible que sea ese obstáculo al libre cambio. El segundo dato es el de que, desde que aumentó la apertura de los Mercados Internacionales con la Mundialización, se ha visto y oído, en diversos Continentes, a manifestantes, a Intelectuales, a Sindicalistas, a varios Gobiernos, denunciar la Liberalización de los intercambios por considerarla nefasta, en particular para los más Pobres: factor de Desempleo, Esclavización de los trabajadores al beneficio Capitalista y, a fin de cuentas, un medio para que los Estados Unidos subordinen la Economía Mundial a la suya. Así, pues, si los Europeos no ven en el Liberalismo otra cosa que la máscara tras la cual avanza el Unilateralismo Americano, al menos no deberían ser contrarios a una dosis correctora de Proteccionismo. ¿Por qué, pese a ello, censuran ese mismo Proteccionismo con tanta virulencia como el Liberalismo, cuando uno y otro son Americanos? De semejante incoherencia un Americano sólo puede sacar una conclusión: lo que los Europeos denuncian no es el Liberalismo ni el Proteccionismo, sino a América, conclusión tanto más legítima, a su juicio, cuanto que, incluso después de su aumento, las subvenciones Agrícolas en América siguen siendo inferiores a las de Europa, donde los Franceses figuran entre los primeros beneficiados.

No cabe duda -y lo ha repetido numerosas veces en las páginas precedentes- de que la necesidad de contener los desbordamientos reales o posibles de la Superpotencia Americana requiere, por parte del resto del mundo, una vigilancia crítica y la exigencia de participar en la elaboración de decisiones que atañen a todos los Países, pero, si las críticas y las reivindicaciones que se les dirigen no son pertinentes y racionales, no existe la menor posibilidad de que los Estados Unidos tengan en cuenta dichas vigilancia y exigencia. Las exageraciones, con frecuencia delirantes, del odio Antiamericano, las imputaciones de los Medios de Comunicación, unidas ora a incompetencia ora a mitomanía, la mala voluntad pertinaz que da la vuelta a todo acontecimiento a fin de interpretarlo sin excepción de forma desfavorable para los Estados Unidos han de convencer por fuerza a éstos de la inutilidad de cualquier consulta. El resultado es el opuesto del que supuestamente se buscaba. Las mentiras de la parcialidad Antiamericana son las que fabrican el unilateralismo Americano. La ceguera tendenciosa y la hostilidad sistemática de la mayoría de los Gobiernos que se

relacionan con América no hacen otra cosa que debilitarlos a ellos mismos al alejarlos cada vez más de la comprensión de las realidades. Esos mismos Gobiernos, enemigos y aliados confundidos, son los que, al substituir la acción por la animosidad y el análisis por la pasión, se condenan a la impotencia y, por efecto de contrapeso, alimentan la Superpotencia Americana.

El libro completo se puede leer en: <http://www.conoze.com/doc.php?doc=7239>

Sobre Ni Marx ni Jesús: <https://derechopublicomd.blogspot.com/2014/09/ni-marx-ni-jesus.html>

Sobre la producción literaria de Revel: <https://www.letraslibres.com/mexico/jean-francois-revel>

Atentamente.

Académico, Ing. Diego J. González Cruz.

e-mail: gonzalezdw@gmail.com

Teléf. +58 416 605.8299,

Caracas, 22 de Julio de 2021